

DÍALOGOS

ESTUDIOS SOCIALES 40 [primer semestre 2011]

EL GRAN PEZ

AGUSTINA PRIETO

Universidad Nacional de Rosario

En el homenaje a Ricardo realizado en el marco del *IX Congreso Nacional sobre Democracia* en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la UNR, su amigo Hugo Quiroga recordó instancias del exilio político compartido en París. Las palabras de Hugo me pusieron en el exacto lugar en el que queda el personaje del hijo en las escenas finales de *El gran pez*, la película de Tim Burton. En la ceremonia del entierro el hijo entiende, entre otras cosas, que el padre no era un fabulador impenitente sino un gran contador de historias.

Con ese conciso relato terminé de comprender lo que quería decir Ricardo cuando al margen de mis borradores ponía en rojo o naranja y entre imperativos signos de admiración *¡contalo!* después de unos categóricos; *¡las citas textuales son textuales!;* *¡falta una s o B. Massé lo puso así?* *¡si estibador está con v poné (sic)!* *¡dice pág. 2 ó 3?*

¿Cómo contar el testimonio? Ante el apremio de la entrega inminente de un informe la consigna provocaba no poca angustia. Sin la presión de la fecha de vencimiento, la exigencia solía generarme, como al hijo del gran pez, cierta irritación: ¿por qué reclamaba apego total a los hechos el Falcón que atrapaba con igual eficacia la atención de los estudiantes de la facultad y la de los parroquianos de un bar con relatos que en el segundo de los casos sonaban, a veces, a fabulaciones que ligaban la Historia con su propia historia? Afuera del aula el dato duro solía quedar tapado por una hojarasca de anécdotas dramáticas o francamente divertidas. En el aula o en la discusión de un trabajo, en cambio, rondaba la duda que el homenaje despejó. No había invención en el relato del exilio tantas veces escuchado: había un hábil narrador que incorporaba a la trama un episodio con el portero de un edificio o un malentendido con un pasajero del metro, que entrelazaban la historia de las actividades políticas de los exiliados con la inescindible *experiencia* de la extranjería. En las derivas anecdóticas estaba, precisamente, la esencia de esa experiencia.

En la película de Burton el protagonista necesita explorar el mundo para crecer, como los peces de gran tamaño. Y en el caso de Ricardo, intuyo, para lidiar con

sus propios demonios. Ricardo exploraba con igual maestría los mundos en los que se movía, el del propio barrio y el de las ciudades a las que viajaba por razones profesionales o políticas.

Su obra se nutrió de esas exploraciones. En el 84 irrumpió, flaco y desgarbado, en el páramo académico que era entonces la Facultad de Humanidades y Artes de Rosario, con el bolso de cuero azul lleno de fichas y el libro de E.P. Thompson, *The making of the english working class*. Las flamantes autoridades le ofrecieron dirigir un seminario sobre movimiento obrero que definió la orientación de mis indagaciones futuras. En enero del 85 nos encontramos en París, adonde había vuelto para pulir y defender su tesis de doctorado y fuimos al Archivo de Historia Social de Amsterdam. Buscó testimonios sobre la vida obrera en el Archivo y en la calle: no hubo chofer, mozo o empleado al que no le preguntara sobre sus condiciones de vida y de trabajo y sobre sus afinidades políticas y sindicales.

Volvió con su tesis sobre los orígenes del movimiento obrero, que transformó en dos libros que salieron en la memorable Biblioteca Política Argentina del Centro Editor de América Latina. Hicimos juntos la selección de fuentes que acompañaría el segundo de esos libritos de tapas negras del despertar democrático. Para uno de los temas hice una propuesta: *Esa no, pongamos ésta, no viste lo que dijo ayer el tipo del taxi cuando le pregunté por el arreglo del motor?*

Por las dos lecciones, por la del arranque y por la póstuma, *Salut, Maestro!* ✎

AL MAESTRO, *IN MEMORIAM*

ALICIA MEGÍAS

Universidad Nacional de Rosario

Todavía recuerdo la escena. Sobre su escritorio donde se atiborraban de papeles, lápices, fichas, libros, formularios, diarios y manuscritos —en apariencia sin orden ni concierto— estaban los borradores de un proyecto escrito con mucho esfuerzo y poca experiencia, con el cual yo aspiraba a una «Beca de iniciación» del CONICET en 1985.

Ricardo se sentaba, comenzaba a leer en voz alta, a hacer observaciones y poco a poco, los borradores se llenaban de tachaduras, correcciones y enormes carteles de colores que por destellantes resultan francamente imperativos: reclamaba rigor en los conceptos, concisión en la escritura, precisión en el abordaje...

Repetida con todos los que en aquella época pretendíamos formarnos como historiadores, la escena terminaba siempre de manera más o menos similar: había que reescribir todo en 48 hs...! No se trataba de un litigio entre un director exigente y un grupo de discípulos demasiado inexpertos. Nos proponía metas que nos parecían difíciles e inalcanzables; pero al mismo tiempo, aliviaba nuestra tarea y nos acompañaba con agudas observaciones e infinita paciencia.

Volvíamos a nuestras casas apremiados, con ese manojo de notas multicolores, con sus explicaciones y sugerencias. Con frecuencia, también con una pila de libros de su enorme biblioteca, convertida por su generosidad en una biblioteca casi pública. Y lo más importante, volvíamos con una certeza absoluta: Ricardo estaría esperando las nuevas versiones, dispuesto a releer, a corregir y a disfrutar con nosotros cuando lográbamos algún avance, indefectiblemente celebrado con algún enorme y colorido comentario en el margen.

Seguramente, en este dossier se destacan muchos aspectos de la trayectoria de Ricardo Falcón. Su trascendencia en el campo historiográfico; su capacidad para dialogar sin prejuicios o sus deslumbrantes clases donde alentaba la reflexión y el debate. En lo personal, preferí relatar esta anécdota pequeñísima pero paradigmática respecto de algunas de sus cualidades más relevantes: su enorme capacidad para transmitir conocimientos y su inquebrantable compromiso afectivo y académico con sus discípulos. ✎

LOS DUELOS DUELEN

GABRIELA BENETTI¹

Universidad Nacional de Rosario

Desde 1992 integré equipos de investigación dirigidos por Ricardo Falcón. Nunca habíamos compartido trabajo de cátedra, hasta que en el 2007 decidimos dictar juntos un Seminario sobre temas específicos vinculados al estudio del movimiento obrero y a la relación Estado-sindicatos². En realidad el Seminario era una suerte de excusa para crear un espacio de discusión, de reflexión, de cruce entre historia, literatura y política en un formato menos rígido que el de los cursos regulares. Ricardo necesitaba esos ámbitos que le permitieran «pensar con otros», contraponer opiniones y desarrollar su faceta polemista. A diferencia de otros docentes, Ricardo no le huía a la polémica, al contrario, la necesitaba. Preparaba esas clases durante toda la semana, las traía escritas a mano, con los párrafos convertidos en un carnaval carioca con resaltadores de distintos colores. El verlo llegar al aula con los papeles y libros en equilibrio inestable generaba en los alumnos un

¹ Conocí a Ricardo Falcón en 1985 en el primer concurso ordinario que se realizó en la Facultad de Ciencia Política y RR.II. de la Universidad Nacional de Rosario en que integré la Comisión Asesora como Jurado Estudiantil. Yo había cursado mi carrera durante el Proceso Militar y ese concurso dejó en mí una huella indeleble: por los concursantes: Ricardo Falcón, Luis Eduardo Duhalde, por los jurados: Hilda Sabato, Waldo Ansaldi y Leandro Gutiérrez, en definitiva, porque en conjunto la experiencia era la certeza que estábamos bien encaminados como generación militante de la transición democrática, que sentábamos las bases de una Universidad con calidad académica, comprometida con el país, crítica, democrática, pensante. Me recibí seis meses después, buscando en el posgrado lo que el grado no me había brindado.

² Estaba dirigido a alumnos del Ciclo Superior de las Licenciaturas que se dictan en la Facultad, por lo que el público asistente era variado y eso ponía otro ingrediente a la propuesta. En el 2007/2008 armamos una propuesta bianual donde abordamos el vínculo entre movimientos obreros y los llamados movimientos nacionales policlasistas, constitucionales, populistas en América Latina entre fines del siglo XIX y principios del XX. La idea era profundizar el debate y la comprensión de la conformación de las clases sociales y de las naciones en nuestros países. En el 2009 nos centramos en las experiencias populistas latinoamericanas, fundamentalmente en la comparación entre peronismo y varguismo, pero haciendo contrapunto con el cardenismo mexicano, el battlismo uruguayo y la experiencia del MNR boliviano de 1952.

sentimiento de anticipación, de expectativa, de esto va a estar bueno, ésta no es una clase común. Era una clase de Falcón. Eran jornadas de cuatro horas, con recreos para el infaltable Parisienne, que le exigían un esfuerzo importante pero que disfrutaba mucho. A los alumnos les divertía la dupla que formábamos, tantos años de trabajar juntos nos llevó a conocer los derroteros de los razonamientos del otro y entonces cuando se perdía en la exposición –porque alguna pregunta o interpelación lo había desviado de lo que venía exponiendo– me miraba y yo lo volvía al cauce. Era también una especie de juego, de cerciorarse de que estaba escuchando lo que decía porque ineludiblemente al terminar la clase necesitaba el juicio, la evaluación, la crítica de los que habíamos estado allí. Admitía la crítica pero también la refutaba, no concedía fácilmente pero maduraba las opiniones de otros. Era un tipo que sabía escuchar.

En determinado momento decidía que estaba cansado, que ya había dicho demasiado y entonces era él el que interpelaba a los alumnos, les exigía que preguntaran o aportaran alguna reflexión y siempre, indefectiblemente, iniciaba la respuesta valorando positivamente el comentario o el interés que suscitaba la pregunta formulada, no por demagogia sino porque era en ese punto donde certificaba que había podido conectarse con su público. Ricardo siempre necesitó un público por eso convertía sus clases en un espectáculo donde no faltaban el buen humor y la chicana que condimentaban su rigurosidad académica y hacían más llevadero el horario loco que impuso de 14 a 18 los días viernes.

Ricardo era resistente a encorsetarse en marcos teóricos rígidos. Vino del exilio con un bagaje intelectual que incluía lecturas variadas de Foucault, Bakhtin, Thompson, Hobsbawn, los regulacionistas franceses, por citar sólo algunos y que incorporaba en su mirada y en su trabajo como herramientas para la reflexión. Cuando diseñábamos nuevos proyectos aparecían como «algunas categorías teóricas para pensar el problema» o «consideraciones teórico-metodológicas». Estaba convencido que el encierro disciplinar no sólo sesgaba el análisis sino que obstruía la comprensión de fenómenos sociales que son de por sí complejos, inabordables desde una única mirada. Defendía por ello, la inter y la transdisciplina y lo hacía de manera militante –como todas las causas que emprendía como propias– y en cuanto jurado, comisión o curso que lo tuvo como protagonista defendió a rajatablas esta forma de encarar el trabajo intelectual. No es que no conociera las fronteras, que no distinguiera la pertinencia de unas u otras herramientas metodológicas, lo que no admitía era que las «camisetas» disciplinares obstruyeran el

trabajo del equipo. Era riguroso y no admitía tampoco la confusión de géneros: una cosa era la Historia, otra la Literatura. Pero en él convivían el historiador y el hombre de letras. Escribir historia era para él también un ejercicio literario. «Quien piensa claro, escribe claro», decía y nos mandaba de vuelta con nuestros borradores a dos líneas llenos de correcciones...

«Los duelos duelen», dice la sabiduría popular, pero empiezan a doler un poco menos cuando reconocemos en nosotros la huella que esa presencia dejó en nuestras vidas. ✎

LA RENOVACIÓN HISTORIOGRÁFICA SOBRE EL MUNDO OBRERO Y LA FORMACIÓN DE UNA GENERACIÓN DE HISTORIADORES

ALEJANDRA MONSERRAT

Universidad Nacional de Rosario

Allá por los años ochenta, y en el contexto de la recuperación de la democracia en nuestro país, se inició en la Facultad de Humanidades de Rosario una progresiva renovación de las materias y el plantel docente de la institución. En este contexto se implementó un Seminario final de carrera, que tenía por objeto abordar el estudio de los sectores populares y obreros de la Argentina en sus primeras épocas. El mismo estaba a cargo de Ricardo Falcón, quien hacía poco tiempo había retornado de Europa luego de su exilio en París. En lo personal, ese Seminario constituyó un espacio desde donde se fue gestando un vínculo académico con Ricardo, el cual fue marcando las distintas etapas de mi carrera como docente e historiadora. A su vez fue el marco en el cual empecé a dar mis primeros pasos en la investigación histórica y a interesarme sobre el desarrollo del movimiento anarquista en la Argentina y particularmente en la ciudad de Rosario.

Mucho tuvo que ver con mi entusiasmo la posibilidad que nos brindó Ricardo de la lectura de un conjunto de periódicos locales –cuyos originales se hallan conservados en el Internacional Institute vor Sociale Geschedenis de la ciudad de Amsterdam– pertenecientes a las corrientes «ideológicas» de izquierda (anarquismo, socialismo, sindicalismo revolucionario) y a gremios claves de finales de siglo XIX y principios del XX. Y también, el acercamiento que tuvimos a los trabajos que él realizó para la elaboración del Diccionario Biográfico del Movimiento Obrero Latinoamericano dirigido por Robert Paris, durante la finalización de su posgrado en el École des Hautes Études de París.

Al mismo tiempo, ese Seminario fue el espacio en donde algunas de las hipótesis que Ricardo venía desarrollando desde sus estudios en Francia, inspiraron distintos proyectos de investigación que se proponían el abordaje de problemáticas vinculadas a la conformación del movimiento obrero argentino. En efecto, sus investigaciones constituyeron el puntapié inicial para que muchos estudiantes y jóvenes historiadores comenzáramos a trabajar la cuestión obrera, contemplando

no sólo el accionar de sus gremios, sino también al conjunto de los actores sociales involucrados, y sus expresiones ideológicas-políticas. Desde esta perspectiva, los trabajos de Ricardo, sin dudas, contribuyeron a una renovación historiográfica sobre la cuestión social y la cuestión obrera argentina, que se venía dando desde la segunda mitad de los años ochenta. En este sentido, sus reflexiones apuntaban a marcar las diferencias entre las experiencias anarquistas de los diferentes centros urbanos de nuestro país.

A su vez, el interés que compartíamos por los trabajadores y las políticas sociales del Estado argentino antes de la llegada del peronismo, nos llevó, a ambos, a introducirnos en el período correspondiente a las presidencias radicales (1916-1930). Con nuevos interrogantes fuimos tratando de caracterizar en toda su complejidad las relaciones que se establecieron entre el yrigoyenismo y algunos sectores del movimiento obrero. Algunos de estos esfuerzos se tradujeron en publicaciones en conjunto y también en forma individual. Con respecto a este período son de gran importancia los aportes de Ricardo, en cuanto a su abordaje del pensamiento krausista de Yrigoyen y las notas distintivas de las políticas sociales del radicalismo.

Para finalizar, creo que es justo reconocer que si había algo que a Ricardo le preocupaba y le ocupaba, era poder transmitir el oficio de historiador a los jóvenes y a los no tan jóvenes, dedicando gran parte de su tiempo a esta tarea. Y esto será seguramente lo que quede en el recuerdo de muchas de las personas que tuvimos la oportunidad de conocerlo. ✎

NOTAS SOBRE UN MAESTRO

MARÍA PÍA MARTÍN

Universidad Nacional de Rosario

Las presentes notas intentan responder a la propuesta de *Estudios Sociales*: escribir unas líneas en homenaje a Ricardo Falcón.

Elaborar un texto de esta índole es algo poco habitual en mi caso y me coloca en la situación problemática de recurrir a la memoria, ubicándome en un lugar donde se cruzan cuestiones del campo profesional, la experiencia a través de la cual pude adquirir las herramientas para el ejercicio de un oficio y las sensaciones que lógicamente remiten a una vocación en alguna medida realizada.

Conocí a Ricardo Falcón en plena primavera democrática, cuando terminaba la última dictadura militar en el país, se retiraban sus elencos docentes de las aulas universitarias y eran reemplazados, en más de una ocasión, por quienes volvían del extranjero tras un prolongado exilio. En estas circunstancias, mi contacto con Falcón se produjo a través de dos materias clave para nuestra formación: Historia de la Historiografía y un Seminario sobre Movimiento Obrero que él había creado.

No tengo claro cuál de ellas estuvo primero en el tiempo, pero el vínculo creado para rendir Historiografía me permitió saber de la disponibilidad de Falcón a la hora de facilitar materiales a sus alumnos. Al Seminario llegué tratando de eludir el que se dictaba en forma regular, donde el profesor a cargo, a más de repetir hasta el hartazgo los secretos del fichaje, rechazaba todos los temas que yo, no sin cierta ingenuidad, proponía.

Esos primeros encuentros permitieron que se fuera construyendo un vínculo que tendría mucha continuidad. Los seres humanos hacemos contacto a partir de nuestras propias historias de vida, marcados por una diversidad de experiencias. Mi relación con Ricardo fue compleja, contradictoria y, quizás por eso, indestructible. Fue tan larga como el tiempo que llevo en esta profesión y fue, tal vez, la que más ha influido en mi recorrido académico. Aunque veníamos de experiencias y espacios muy disímiles y, por cierto, éramos bastante diferentes, me sorprendieron inmediatamente su generosidad distintiva y la llaneza con que se relacionaba con

los demás. Era por demás generoso, no sólo con sus materiales, sino también con su cotidianeidad y, sobre todo, con lo que sabía, aquello que transmitía de la forma más sencilla. La mayoría de nosotros guarda, en alguna parte, un manuscrito suyo con el esquema básico que requiere un buen proyecto.

También era muy directo en el trato cuando pretendía establecer un vínculo. Creo que esto siempre era su iniciativa. Y aunque su personalidad, en ocasiones, avasallaba desbordante, aportaba el impulso para seguir con proyectos que, de otra forma, hubieran quedado en el camino.

Frecuentemente me sorprendía su capacidad de tomar al otro como era, haciendo gala de una notable pluralidad al momento de relacionarse con todos, más allá de la variedad de ideologías, experiencias o trayectorias que nos diferenciaran. Ejercía una especie de democracia práctica que reconocía escasos y precisos límites. Demostró una vocación especial para formar estudiantes, jóvenes investigadores e intelectuales, creando un lazo personal con cada uno de ellos. En ese sentido, pocos pueden exhibir una labor de tal magnitud. Además, creó en su entorno una sociabilidad que ha sobrevivido a su muerte. Incesantemente abría caminos que no esperábamos.

Aprendí de él algunas sencillas reglas que hoy pueden complejizarse a través de múltiples lecturas teóricas y metodológicas, pero que no puedo abstraer de quien me las indicó por primera vez, tratando de orientar mi perplejidad tras la búsqueda incansable de fuentes. Por entonces, esas cuestiones tan sencillas no me resultaban tan evidentes.

En primer lugar me enseñó que, aunque respetaba por entonces mi condición de militante –e incluso la evaluara positivamente– no debía confundirme con el objeto de estudio. Para poder comprender los procesos históricos, debía tomar distancia, apartando lo más posible mis prejuicios, preferencias y convicciones. Interpretar lo que las fuentes me indicaban recurriendo al marco teórico adecuado.

En segundo lugar, y como consecuencia de lo anterior, que no debía creer ciegamente en las fuentes ni dejarme ganar por ellas y, menos, por mis simpatías. Someter a crítica, con rigor y método, lo que parecía evidente. Desconfiar hasta el cansancio.

En tercer lugar, que las fuentes debían interpretarse en todo lo que podían dar. Ir más allá de lo obvio. Releerlas incansablemente, cruzarlas con otras, buscar la teoría adecuada que allanara la interpretación. Hacerles decir lo que ocultaban con sigilo, lo que estaría velado a una mirada distraída o poco entrenada. Hipotetizar sobre ellas. Hipotetizar siempre.

Por otro lado, aprendí –y esto está muy ligado a mi propio objeto de estudio, tanto como a mis perspectivas de juventud– que los humanos somos contradictorios, aun los que pretenden ser principistas. No es función del historiador buscar la coherencia de las ideas y la de éstas con los hechos. Por el contrario, la cuestión es comprender la multiplicidad y la complejidad de formas en las que las ideas se construyen, deconstruyen y reconstruyen. Capturar el modo mediante el cual se resignifican con las prácticas, según los contextos y la experiencia, connotados por los impulsos del conflicto y del cambio. De esta forma, los actos humanos, individuales o colectivos, adquieren un sentido siempre frágil e inestable, en el terreno lindero a lo inasible.

Ricardo Falcón no escribió tanto como hubiera podido o debido, ni como hubiéramos querido. Pero de todo lo que escribió hay algunos trabajos que, quizás en forma arbitraria, deseo rescatar.

Un artículo suyo que, a pesar del paso de los años, me resulta insustituible a la hora de explicar a mis alumnos de Historia Argentina el porqué del éxito del anarquismo en los primeros años del siglo XX: *Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social*¹. Es una notable síntesis donde se articulan con precisión el desarrollo de las tres grandes corrientes de izquierda que surgieron en la Argentina desde fines del siglo XIX, sus avatares, y su confluencia frente a problemáticas que, en lo conceptual, le han permitido explicar a Falcón las razones del predominio anarquista: el régimen político, la cuestión étnica y la cuestión social. La corrección y la claridad del desarrollo, tanto como su calidad analítica son dignas de destacar.

Un segundo artículo que me parece interesante recuperar es aquel publicado por *Estudios Sociales*, en 1996, sobre la política laboral del primer gobierno de Yrigoyen². Si bien es un texto breve, en él se rescataba la relación entre conflicto social y legislación laboral en dos momentos decisivos de la Historia Argentina: 1902 y 1919. Así, se abordaba un análisis del Proyecto de Código de Trabajo de Joaquín V. González, que había sido una de las respuestas del Estado frente a la huelga general de 1902 y se lo contrastaba con el proyecto de Código de Trabajo enviado, en 1921, por el Poder Ejecutivo al Congreso. En ese artículo, la iniciativa

¹ Incluido en este número de *Estudios Sociales*.

² Falcón, Ricardo, «La relación Estado-sindicatos en la política laboral del primer gobierno de Hipólito Yrigoyen», en: *Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral*, N° 10, Santa Fe, UNL, primer semestre de 1996.

del radicalismo era presentada como corolario de los duros sucesos que caracterizaron la Semana Trágica de 1919. En forma concisa, Falcón contraponía las dos concepciones que habían inspirado la confección de ambos proyectos, destacando los rasgos represivos o inclusivos que se desprendían de cada propuesta.

Finalmente, es necesario detenerse en el último libro que publicó, *La Barcelona Argentina*³ que tuve la posibilidad de reseñar ya hace un tiempo. Este trabajo significó una síntesis no sólo de su labor de muchos años sobre la historia local de Rosario, sino que articulaba el aporte del grupo de investigadores que, por diversas vías, se había ido conformando en su entorno. Allí retomaba sus preocupaciones de siempre: la cuestión del orden, la cuestión obrera y los trabajadores en relación con la política. Procuraba una lectura nueva frente a problemas vistos y lograba introducir una mayor complejidad teórica, en el campo de los estudios locales, sobre todo respecto de las identidades políticas.

Ricardo Falcón no escribió tanto como hubiera podido o debido, ni como lo hubiéramos esperado. Sin embargo, más importante que la constancia para plasmar por escrito sus estudios, fue su capacidad de formar jóvenes estudiantes de diversas disciplinas y orientar investigadores en campos tan variados como la Historia, la Antropología, la Ciencia Política e, incluso, la Arquitectura. Disfrutó con vital entusiasmo la posibilidad de formar profesionales en la investigación, una actividad muchas veces dura y solitaria. Asimismo, merece destacarse su impulso para generar proyectos de la nada y su convicción sobre la importancia de desarrollar una historia local comprensiva, analítica, que aportara a los procesos más generales desde su especificidad, colocada por su propio valor en un pie de igualdad frente al gran relato de la Historia nacional. En ambos niveles se movió con soltura e idoneidad, pero se enorgullecía cuando lo consideraban «el historiador de la ciudad». ✎

³ Falcón, Ricardo, *La Barcelona Argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario 1870-1912*, Rosario, Editorial Laborde, 2005.

UN INTELLECTUAL ORGÁNICO Y LA HISTORIA DE LAS IDEAS

MARIO GLÜCK

Universidad Nacional de Rosario / Universidad Nacional de Entre Ríos

Los que conocimos a Ricardo Falcón jamás podremos escribir un artículo académico sobre él y su obra. Y si lo intentamos difícilmente pase los referatos de rigor, ya que apelaremos a un recurso reñido con las exigencias de un texto científico: el recuerdo personal y cotidiano de la oralidad sin mediaciones metodológicas. La charla en los bares, en los pasillos de congresos y clases era, con Ricardo, una fuente inagotable de reflexiones, anécdotas, recuerdos y divagues. Sin poder renegar de esto, mi intención es reconstruir parcialmente la relación de Falcón con el campo de conocimientos a partir del cual me vinculé intelectualmente a él: la historia de las ideas, historia intelectual o como se la prefiera llamar.

Uno de los conceptos gramscianos que tuvo mayor éxito es el de intelectual orgánico. Gramsci, dentro del marxismo, fue quien formuló más claramente un problema crucial para la práctica política: la relación entre intelectuales, clases sociales y estado. Dicho problema o, más laxamente el vínculo entre intelectuales y política, tuvo distintos momentos en los que se discutió álgidamente. Uno de ellos fue a finales del siglo XIX, otro entre la primera posguerra mundial, y otro en las décadas del 60 y 70 del siglo XX.

Ricardo Falcón se ocupó de todos esos períodos de distinta manera, los dos primeros obviamente como historiador de los intelectuales y las ideas y el último como protagonista de la historia. Quizás el contexto de producción y publicación de su texto más emblemático de historia intelectual nos permita reconstruir hacia adelante y hacia atrás una trayectoria intelectual. Nos referimos a *José Ingenieros...*¹. Escrito durante el exilio y publicado en el regreso de la apertura democrática, en el *Anuario de la Escuela de Historia* de la UNR. El texto de Ricardo está en un apartado cuyo título es «Rol de los intelectuales», el que incluye también un trabajo de Halperin

¹ Incluido en este número de Estudios Sociales.

Donghi sobre el Deán Funes. El título del apartado sugiere una idea prescriptiva, que era una rémora quizás de las décadas anteriores (probablemente los 80 sólo puedan ser leídos en esa clave). Sin embargo ninguno de los dos textos se plantea el problema de los intelectuales como un «deber ser». Particularmente el Ingenieros de Falcón es un personaje errático desde el punto de vista ideológico, zigzagueante, muy alejado del modelo prescriptivo que proponían las distintas variantes del marxismo y el sartreanismo. El análisis de esta figura intenta comprender más que establecer una moral o una ética del intelectual: José Ingenieros era un producto de su época y había tenido una participación activa en la política argentina y latinoamericana, y además había reflexionado sobre su lugar como intelectual.

Precisamente la dictadura, el exilio y la apertura democrática fueron momentos en los cuáles los paradigmas prescriptivos podían reafirmarse dogmáticamente o cuestionarse desde sus bases. La idea de «vanguardia» o «portadores de conciencia de la clase», que había tenido un fuerte predicamento en la década anterior, era, al menos, discutible. Ciertas cuestiones como la democracia y los derechos humanos, empezaban a ser revalorizados por algunos, entre los que se encontraban Ricardo Falcón, Juan Carlos Portantiero y José Aricó. Ricardo particularmente adhirió a un antivanguardismo militante, que referenció en las ideas de Rosa Luxemburgo, posicionándose claramente como lo que era: un intelectual profesional, que no se proponía «iluminar» a la clase obrera, sino desde su lugar intentar entenderla. Otra posición que adoptó de manera radical fue la defensa de la democracia y los derechos humanos, como una cuestión de principios no con el instrumentalismo que caracteriza a veces a las opciones de izquierda.

El trabajo sobre Ingenieros es del año 1984 y fue recordado quince años después por Tulio Halperin Donghi, alguien que no suele citar demasiado a colegas lo cita expresamente a Falcón, siendo la única cita de autoridad de *Vida y muerte de la República verdadera*: «Ricardo Falcón se ha preguntado muy agudamente si no es acaso Ingenieros uno de los intelectuales argentinos que mejor ha captado en cada uno de los períodos históricos en los que vivió esas tendencias dominantes en la sociedad»².

La pregunta de Ricardo sobre Ingenieros, rescatada por Halperin Donghi, probablemente nos sirva para preguntarnos lo mismo pero con respecto a Ricardo Falcón. Si seguimos lo que nos ha contado, él empezó su acercamiento a la política

² Tulio Halperin Donghi, *Vida y muerte de la república verdadera*, Buenos Aires, Ariel, 2000, p. 77.

en el Partido Demócrata Progresista entre finales de los '50 y principios de los '60. También a veces en su relato había formado parte de la fundación de la Franja Morada original en la Biblioteca anarquista Alberto Ghirardo de Rosario en 1967. Poco después ingresó en Política Obrera, el legendario grupo trotskista liderado por Jorge Altamira. Aquí se podría decir que fue su militancia política más apasionada, en años radicalizados e intensos. Desde esa agrupación intentó ser uno de los formadores de la «vanguardia» de la clase obrera, llegando incluso a «proletarizarse» como se lo exigió el partido. Esto ocurrió en esos pocos años, que se resisten a su número, y que la dictadura de 1976 interrumpió de manera abrupta.

Poco después empezaron los años de exilio que fueron de reflexión crítica en un escenario estimulante para ello como era el mundo intelectual francés después del 68. Las preocupaciones fueron entonces básicamente dos: el lugar del intelectual y cómo repensar el socialismo.

La primera preocupación llevó a un fuerte cuestionamiento a la figura del intelectual como «vanguardia» o «formador de conciencia» de la clase obrera. El resultado fue ubicar esa figura en un lugar más modesto, como un actor más del drama histórico, que interactúa con el resto de la sociedad desde su especificidad. Esto lo llevó a él y a otros, a profesionalizarse como tal y dedicarse de lleno al estudio desde los ámbitos académicos.

La segunda preocupación estaba indisolublemente unida a la primera, tenía que ver con cómo superar la sociedad capitalista, repensando los medios, básicamente la violencia. El resultado fue una revalorización de la democracia y el respeto a la pluralidad como forma de vida y no como mero instrumento para llegar a otros fines. Formó parte allí de reuniones con políticos que sus compañeros de Política Obrera hubiesen considerado «burgueses» como Hipólito Solari Rigoyen y Raúl Alfonsín. Nunca sabremos con precisión qué protagonismo tuvo en esas reuniones, si lo escuchábamos a él fue el mentor de esas reuniones que fueron importantes para la recuperación democrática.

Precisamente ya con Alfonsín en el gobierno, vuelve a la Argentina y se inserta exitosamente en el medio académico, rindiendo concursos que ganó sistemáticamente. Acompañó en ese camino la «transición democrática» que se propuso ese gobierno, que entre otras particularidades, convocó a figuras intelectuales para construir una mayor legitimidad y generar consensos.

La experiencia alfonsinista se agotó, y llegó el vendaval del menemismo que, además de vaciar el Estado, se llevó puesta la figura del intelectual orgánico, reem-

plazándolo por el técnico. Falcón formó parte de la resistencia al neoliberalismo, aunque considerara inevitable la crisis de los Estados de Bienestar. Por supuesto se consideró mentor de las agrupaciones políticas que se presentaron como alternativa: del Frente Grande primero, del FREPASO después, y finalmente de la Alianza UCR - FREPASO. También nos contó su rol fundamental en la unificación del socialismo para esa misma época: allí decidió afiliarse nuevamente a un partido. Poco importa si llenó o no una ficha, lo importante es que encontró un lugar identitario, que lo llevó a decir que era el «intelectual orgánico del Partido Socialista». Muchos nos sonreímos indulgentes frente a semejante hipérbole, pensando que esa figura ya no existía, que la política profesional demandaba técnicos más que intelectuales. La aparición de grupos de intelectuales discutiendo política, adhiriendo o rechazando opciones, en los últimos tiempos hace que pensemos que probablemente los equivocados éramos nosotros y que Ricardo, como Ingenieros, en realidad había captado las tendencias dominantes de los períodos históricos que le tocó vivir en la relación entre intelectuales y política. ✎

LO QUE ME DEJÓ RICARDO

LUCIANO ANDRENACCI

Universidad Nacional de General San Martín

He pasado revista en privado y público varias veces, luego de la muerte de Ricardo Falcón, a lo que él significara para mí. Confieso que ya no soy muy emotivo (lo era de más niño) y su muerte me sorprendió por la profunda tristeza que me produjo. Infructuosamente he tratado de retener un punto esencial del personaje, una enseñanza más importante que las otras, una emoción más imborrable que las demás. No contento con esto, he ensayado mentalmente pensarlo como héroe, con una lección para el mundo, cual epopeya, contenida en su vida. Al cabo de unos meses llegué a la (probablemente obvia) conclusión de que hay tantos elementos importantes como cosas mi memoria quiera retener; que estos elementos han ido cambiando a lo largo del tiempo; y que el héroe era más un personaje trágico de mi país, de mi querida Rosario y de la universidad pública en donde nos conocimos.

De modo que, como dijo sabiamente Hugo Quiroga en el pequeño homenaje que hicimos hace poco tiempo en Rosario, el lugar más razonable, a mi entender, es el de la evocación. Agradezco el espacio que me brindan los editores de este volumen para contribuir con esta corta evocación. Y para hacerlo me gustaría dividir estas líneas entre lo personal y lo que creo que se proyecta a nuestro lugar de trabajo, la universidad pública.

Desde un punto de vista personal, Ricardo fue la persona que inspiró y modeló mi carrera profesional. He dicho muchas veces que creo que Ricardo era un maestro, más que un profesor. O mejor dicho, si se me permite jugar con las palabras, un profesor que, además, jugaba de maestro y lo hacía con maestría. Yo lo he sentido siempre como mi mejor profesor y mi maestro, entendiendo por esto el tipo en el que siempre pienso cuando trato de actuar del modo que considero mejor.

Tuve la oportunidad de ser estudiante de sus materias, Historia Política Latinoamericana e Historia Política Argentina, en los años 1988 y 1989, cuando yo hacía la carrera de Ciencia Política en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones

Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. Luego fui su ayudante alumno en la primera de estas materias, durante 1990 y 1991 creo, años en que estas ayudantías se comenzaron a concursar. Luego a fines del '91 me recibí y, con su ayuda, apoyo e inspiración, me fui a estudiar a Francia. En esos años y en los que siguieron, fuimos además amigos personales, aunque compartiera con él mucho menos tiempo del que hubiera deseado, ya que (a pesar de mis deseos) nunca volví a trabajar a Rosario.

Divirtiéndome a propósito con las palabras, creo que era un maestro, en primer lugar, porque era un gran profesor. En sus clases éramos puntuales y nos quedábamos hasta el último minuto. Sus clases tenían el perfecto equilibrio entre la preparación respetuosa y la frescura inesperada, el «enganche» con el comentario o la pregunta de algún estudiante. Interactuaba, se enojaba, se apasionaba en algunos temas que eran centrales para la historia de su vida y para sus convicciones políticas. Era el profesor que uno quería ser y tener, del que sabía que no se iba a olvidar y al que sabía que jamás podría emular.

Me parece que era un maestro, también, porque a los estudiantes nos acompañaba e intentaba mostrarnos los caminos que él juzgaba mejores. A los que nos acercábamos a preguntarle cosas, a solicitarle consejos o a pedirle apoyo, Ricardo nos dedicaba tiempo, nos trataba con paciencia, sabía encontrar el terreno común y convertir al conflicto en intercambio. Sus clases tenían prefacios y posfacios en el pasillo y en el bar; y además eran imperdibles. Como dijo Gabriela Benetti, nos enseñaba metodología de la investigación en una servilleta de bar que seguimos recordando cuando algún pseudoestudiante o, peor aún, algún pseudodocente, se burla de la metodología de las ciencias.

Siento que era un maestro, además, porque era un gran profesional de la academia, es decir un observador lúcido, un lector erudito y un investigador cauteloso y equilibrado. Sus apasionamientos no le hacían perder el juicio científico; su conciencia de la complejidad de la trama social (una conciencia que en las ciencias sociales sólo tienen los buenos historiadores) le hacía dudar de afirmaciones simples y de juicios apriorísticos. Cuando terminaba de convencernos de que era muy difícil generalizar, nos lanzaba un resumen que nos dejaba boquiabiertos por su justeza, o nos lanzaba una provocación que hacía tambalear todas nuestras precarias certezas de adolescentes intelectuales.

Definitivamente era un maestro, por último, porque era un tipo de gran integridad cuya figura era formativa para los que lo mirábamos: un ético, en el

sentido que tendría la ética si realmente fuera un valor social y no la confundiéramos con la moral cristiana o las costumbres de la tribu. Y era un ético porque era profundamente democrático en su práctica cotidiana personal y profesional; porque era un gran tolerante en todos los terrenos en donde la tolerancia se juega, desde la ideología hasta el género; porque jamás utilizó su prestigio o su capital social para sacar ventajas materiales; y porque le fascinaba íntimamente jugar en contra de los más fuertes.

Desde el punto de vista de un partícipe (a medias, muchas veces reticente, pero partícipe al fin) del mundo que llamamos «academia», creo que la vida de Ricardo permite ver, como en perspectiva, las grandes limitaciones y los caminos pobres, muchas veces miserables, que tomó la Universidad argentina en general desde los años '80.

Jugaré con la perspectiva. Me parece que Ricardo era un gran profesor en un mundo en que muchos profesionales de la docencia hacen lo estrictamente necesario para sobrevivir, menosprecian intelectualmente a sus alumnos y languidecen en la tibia protección de las leyes corporativas que llamamos «de carrera docente». Era un profesor en un mundo que, muchos sentimos, se transformaba progresivamente en un enseñadero, por trágicas razones políticas e institucionales que no es éste el espacio para analizar.

Como además los enseñadores nos autogobernamos a cambio de una serie de prebendas intercorporativas, colusiones con partidos políticos y declaraciones ideológicas rimbombantes, además de habilidades electorales concretas, no tenemos mucho que temer de nuestra fascinación por los profesores como Ricardo, que carecían de «competencias» suficientes para gobernar una universidad pública.

Siguiendo con la perspectiva que echa luz sobre nuestras miserias, creo que Ricardo era un maestro natural, proveniente de un mundo en desaparición y entrando a un bravo nuevo mundo en donde formar estudiantes entró progresivamente en el dominio de las cosas que es preciso colocar en el CV por razones institucionales y (sobre todo) para ganar más dinero por la vía de los adicionales que procura una investigación académica correctamente asentada en los mecanismos convenientes. Es probable que esto sea mejor que el antiguo mundo en donde, entre el cargo docente y la nada, no había nada. Gran melancolía queda, sin embargo, por una tarea que tenía elementos de nobleza personal y de la que no se esperaba pago alguno ni lealtad clientelar remunerada.

La integridad ética de Ricardo es, finalmente, algo perturbadora para las prácticas

de la universidad pública de un país como la Argentina. Nuestro país es institucionalmente democrático, pero nuestras prácticas sociales y políticas son profundamente autoritarias. Nos conducimos con íntimo desinterés por los demás, celebramos la fuerza, aplaudimos la muerte en el circo, pensamos que negociar es ensuciarse hasta que estamos nosotros sentados en la mesa de negociación, la diferencia nos produce temor sino rechazo, y poco funciona si no hay dinero por encima o por debajo de la mesa. Ricardo no era un gran héroe ni un luchador incansable, pero en su vida cotidiana era un tipo democrático, tolerante y correcto. Sus miserias no desbordaban los límites de su intimidad, y se reía de sus errores con franqueza.

Las personas cuya partida lamentamos más son probablemente aquellas que dejaron huellas más profundas en nosotros. En mí, Ricardo Falcón dejó ese tipo de huellas, como profesional y como persona. Confieso que no me di cuenta hasta que murió. También confieso que probablemente jamás estaré a la altura del desafío. Estas líneas sólo reflejan esas huellas. Vayan como despedida al maestro y al amigo. ✎

UNA MAGDALENA PARA RICARDO FALCÓN

SILVANA CAROZZI

Universidad Nacional de Rosario / Universidad Nacional del Litoral

Yo fui amiga de Ricardo Falcón. Fui además su primera compañera de trabajo cuando armamos, en la Universidad Nacional de Rosario, la cátedra de Pensamiento Latinoamericano y Argentino a su regreso del exilio francés, en el renacimiento universitario del ochenta y cuatro. Alguna vez se lo dije también a él, en una tarde jocosa: Ricardo –salvando distancias y contextos– exhalaba algo del Echeverría de 1835; estaba recién llegado de Europa y a su alrededor se iba convocando un grupo de estudiantes y graduados jóvenes que él atendía con notable dedicación y una disponibilidad llamativa en un tipo así, tan irremediabilmente desordenado. Se vestía entonces con un saco corto, claro, a la moda gala y traía un repertorio de autores latinoamericano para nosotros nuevo, y diferente al que había sido habitual en los opacos itinerarios de lectura de los que habíamos sobrevivido milagrosamente durante los años del proceso militar: Zea, Miró Quesada, Salazar Bondi, Ardao, Ricaurte Soler. Comenzamos entonces a leer a Mariátegui.

Yo –como todos sus compañeros de trabajo– estaba a su lado de la única manera en que era posible estar, aceptando convivir con ese pequeños caos de libros, papeles, horarios, palabras, colillas y océanos de humo que Ricardo no cesaba de producir en cuanto sitio ocupara y por el tiempo que estuviera; fumaba como fuman los jóvenes, desde una imperturbable y ostentosa convicción de inmortalidad. Pero no éramos ya tan jóvenes, el regreso a la democracia en la forma alfonsinista nos encontraba a muchos traspasando los treinta, él tenía algunos más; empezábamos a entender que veníamos del infierno y podíamos, lentamente y no sin cuidados, tratar de compartir las mutuas biografías; exiliados interiores y exteriores volvíamos a hablar.

Fueron años en que la Facultad de Humanidades se superpobló. Nuestra materia se inauguraba en cierto modo –y si se me permite algún alarde– triunfante, en el plan de estudios de las carreras de Filosofía y Antropología; respondía a una reivindicación estudiantil muy potente y fue Ricardo quien propuso un diseño

de programa que en alguna medida y por buenas razones hemos conservado hasta hoy. La cátedra estuvo integrada además por Gladys Rímini, como yo profesora adjunta y tercer miembro de un equipo raro, en un momento seguramente también muy especial. Preparábamos nuestras clases en común, estudiábamos juntos y discutíamos a los gritos sobre cualquier cosa pero prioritariamente sobre política, sin importarnos demasiado el auditorio ni el lugar. No falta hoy algún antiguo alumno que nos recuerde todavía, graciosamente, esos episodios de *agón* apasionado que protagonizábamos en definitiva los tres, pero que a mi ver estaban ligados a una forma de plantear criterios característica de nuestro titular, no exenta de una teatralidad que él sabía en el fondo podía granjearle buen rédito en foros diversos, tratándose tanto del académico como el de la «ardorosa masonería» que acostumbrábamos frecuentar, un círculo más pequeño pero aun menos concesivo en los argumentos públicos. Solíamos festejar, como cátedra, nuestra hechura de las paces las noches de los martes, con una ronda de jerez malo, en la mesa de un bar de enfrente, que por más que siga cambiando nombres se seguirá llamando, remotamente, *Gin Tonic*.

Mientras tanto, íbamos mejorando nuestra consistencia académica en una relación intelectual de referencia clara con un equipo que Ricardo respetaba sinceramente: Oscar Terán (después gran amigo) y el grupo que en Buenos Aires rodeaba a Pancho Aricó. A poco de andar, este vínculo silenciosamente discipular tuvo también como resultado el intento de fundar, por parte de Ricardo y algunos otros compañeros, no ya un echeverriano Salón Literario, pero sí un intento de filial del Club de Cultura Socialista, que nunca tuvo la solidez del contemporáneo porteño, pero que llegó a concretar alguna serie muy corta de reuniones en un local que ya no existe del bar *Los Tiempos Modernos*, sobre la rosarina calle San Luis. Allí, recuerdo, llegamos a presentar algunos libros, algunas revistas, y discutimos muchas y acaloradas veces cuestiones que iban desde el devenir ochentista de lo público en general en la Argentina –progresos y regresos de la política, con un presidente radical que había demostrado estar por encima de las expectativas de algunos antiguos militantes del setenta–, hasta el episodio inquietante del ya célebre Pacto de Olivos, una noticia que nos sorprendió entonces como una abdicación alfonsinista, difícil de justificar después del histórico Juicio a las Juntas Militares.

Ricardo no permaneció mucho tiempo más en la Facultad de Humanidades y decidió repartir su tiempo entre la tarea investigativa y las obligaciones en las cátedras de la Facultad de Ciencia Política. Nuestros encuentros se volvieron espo-

rádicos, pero nos unía un antiguo y mutuo afecto, de esos que se tejen con la fuerza del comienzo, y terminan, por eso, atesorando un significado difícil de vulnerar.

Era un personaje indudablemente generoso y muy dispuesto a la docencia, esa fue su virtud principal. Con él y con sus consejos preparé mi primer proyecto de investigación en el campo en el que actualmente me desempeño, vocación antigua pero, como para toda mi generación, seriamente amenazada en sus oportunidades etarias por la interrupción de la dictadura. Ricardo se avino a dirigir mi trabajo como el de tantos otros historiadores, filósofos y politólogos en formación, en el año ochenta y cinco; me regaló aquella vez algunas indicaciones metodológicas que afortunadamente aún recuerdo.

Su especialidad más recurrente era la historia del movimiento obrero, y le gustaba definirse como «marxólogo marxista» y anti leninista intenso, aunque sin duda algunos efectos de su actuación política durante la etapa parisina –construida sobre su proverbial rechazo de la cultura populista de la Argentina– lo habían acercado sinceramente, y por izquierda, a la novedad alfonsinista, en unos tiempos que no sin motivo terminarían calificándose de «primavera».

De todos modos, y más allá de las oscilaciones de nuestro destino colectivo, su relación personal con la vida –o como se llamare el esfuerzo físico y metafísico por permanecer en este mundo– fue siempre complicada; en los últimos años todos sabíamos que Ricardo de algún modo había decidido levantar anclas y abolir cualquier gesto que significase un razonable cuidado de sí. Vaya ahora esta mínima magdalena y este intento mío de contribuir, muy escuetamente, a la reconstrucción de cierta memoria de los inicios de su actuación docente, en la ciudad de Rosario, donde se lo va a extrañar. ✎

RICARDO FALCÓN, *IN MEMORIAM*

MANUEL NAVARRO

Universidad Nacional de Rosario / Universidad Nacional del Litoral

Con Ricardo Falcón no éramos de la misma edad, no habíamos nacido ni crecido bajo los mismos cielos, nuestras motivaciones políticas eran ya diferentes cuando nos conocimos, y habrían sido incluso distintos nuestros primeros pasos en la discusión de la cuestión social, cuando no ya de la cuestión política. Sin embargo, a pesar de esas diferencias –y más bien, gracias a ellas mismas–, llegamos a participar poco menos que de los mismos acontecimientos políticos que se produjeron a partir de la segunda mitad de la década de los años sesenta en nuestro país. Es que, podríamos decir ahora, esos acontecimientos no sólo fueron la ocasión para que se conjugaran tantas y tan diversas voluntades, sino que además reunieron esa otra condición según la cual aquellos que los protagonizaron han guardado una memoria que, sintagma más sintagma menos, retiene las frases, las fechas, los nombres y los lugares bajo los mismos signos que los cobijaron en sus orígenes.

Siendo un tanto más joven, Ricardo parecía estar convencido de que la nuestra, aunque no tanto la de él, había sido una generación de ruptura. Ese convencimiento lo manifestaba, sin embargo, con discreción, poco menos que en privado. Esta idea no podía sino seducirnos, pero en lugar de tranquilizarnos simplemente, sirvió más bien para inquietarnos acerca del valor y el alcance supuestos que cabría asignarle a esa ruptura, como así también respecto de cuáles serían aquellas experiencias similares que podrían ser objeto de comparación con las nuestras. Fueron esas y otras cuestiones semejantes las que, habiendo roto el carácter privado de su origen, habiendo devenido poco menos que anónimas en su circulación, dieron lugar a la gestación de nuevas ideas e interrogantes, discusiones, reuniones, en fin, «seminarios» de debate, todo lo cual, con una facilidad sorprendente, se conjuraba para involucrarnos en cuestiones históricas a la vez que filosófico-políticas. No teníamos duda, para entonces, de que a partir de ciertas condiciones, de las cuales no todas nos eran bien conocidas, se había gestado una suerte de rutina y una especie de atmósfera en la que se respiraba un aire que tenía poco menos que todos los signos

de lo instituido. Hubo que pensar un nombre para lo así «instituido», y luego un domicilio. Hasta ahí habíamos llegado con Ricardo, hasta las puertas mismas de la ley, con el solo motivo de comprometernos ante aquello que nos significaba un ejercicio compartido pero, a la vez, libre del pensamiento.

Habíamos mencionado la década de los sesenta, puesto que la requeríamos como referencia política. Esa mención acarrea y precipita de modo necesario, la mención de la década siguiente, la de los setenta. En ella Ricardo conoció el exilio y yo la cárcel. Habían sido años de militancia que de una u otra manera se interrumpen allí. De esa militancia todavía se podrían derivar no pocas consideraciones, sin duda, pero para referirlas con exclusividad a Ricardo y a mí, quisiera sólo agregar que si bien nuestras experiencias políticas no tuvieron en ambos las mismas características, como ya dijimos, creo poder suponer que los motivos que nos llevaron a estar, en ocasiones sin saberlo, en los mismos lugares y detrás de las mismas barricadas, remitían a una misma edad, más allá de las edades, y a una búsqueda que, si bien nunca pudo ser idéntica, como no lo puede ser ninguna búsqueda, sí nos habría permitido comprender que si nuestras experiencias encerraban algún valor, ese valor no podía ser otro que el de haber sabido responder a las demandas de compromiso político que esa época exhibía como señal distintiva.

Nos reencontramos con Ricardo luego del retorno de la democracia de los años ochenta. El mundo era otro. Apenas luego de algo más de una década, todo parecía obligarnos a pensar según los nuevos tiempos, a tal extremo que lo que sabíamos o habíamos dado por cierto hasta antes del exilio o de la cárcel, debíamos confirmarlo ante un tercero, por lo menos. Esa experiencia torció el rumbo de no pocas cosas, no obstante lo cual no consiguió hacernos cambiar de barricada. A diferencia de Ricardo, me vi llevado a realizar esos cambios oponiéndoles severas resistencias, al punto de no haberlos podido concluir aún. Fue uno de sus reproches más insistentes en los últimos años. Había percibido, a través de una investigación que desarrollábamos entre ambos, lo inevitable que era, y seguiría siendo para mí, que le diera forma y contenido explícitos a esas transformaciones. Su muerte se produjo precisamente cuando esos contenidos estaban efectivamente tomando forma.

Al término de esa investigación se podrá conocer lo que, por justicia, debería haber sido conocido antes que nadie por él. ✎

RICARDO FALCÓN Y EL DESAFÍO DE PENSAR

OSCAR BLANDO

Universidad Nacional de Rosario

La Universidad como institución democrática es impensable sin la existencia del pensamiento libre y el debate de ideas que impida todo dogmatismo. Quizá por ello la Universidad pública argentina asistió con periodicidad a negras noches de «bastones largos» que sistemáticamente cachiporrearon la cultura y a «todos aquellos que tenían la osadía de estar incurso en el terrible delito de pensar».

Por eso la normalización universitaria luego del largo período dictatorial, supuso una serie de desafíos.

Siempre creí, desde la Secretaría Académica de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional de Rosario en esos años, que había que convencer antes que obligar, insinuar antes que imponer, democratizar antes que perseguir. Todo ello pese a las múltiples y hasta sutiles prédicas de deterioro que se anidaban en los férreos bolsones de autoritarismo de quienes desde fuera y desde dentro, anunciaban los «peligros» de la libertad que había ingresado a los claustros.

Preferimos la reincorporación de los docentes cesanteados y exiliados al hostigamiento académico, optamos por las cátedras alternativas y la revalidación de los títulos a través de los concursos de la democracia antes que la «prescindibilidad», tan cara al discurso autoritario anterior.

En ese contexto conocí –a través de un amigo común, Hugo Quiroga– a Ricardo Falcón. Desde mi primer encuentro advertí que era un tipo y un docente e investigador de excepción. Y allí se comprometió con nuestra tarea. Le ofrecí ser jurado de los primeros concursos en Derecho. Aceptó, pero con lealtad y honradez intelectual, me hizo una advertencia: me dijo más o menos así: «acepto, pero no quiero que tengas «problemas» por mi militancia política, gremial y por venir del exilio...». Eran los primeros años de la recuperación democrática. Mucho tiempo después, puso a prueba su nobleza y recordó delante de terceros lo que yo había olvidado: mi respuesta que desechó aquella advertencia suya. Su nombre no era negociable. Algo estaba cambiando en Derecho y Ricardo fue parte de ese cambio.

Luego, pese a que no pertenecíamos a la misma unidad académica, participábamos en muchos espacios comunes: congresos, jornadas, y en múltiples reuniones y debates. Siempre proponía o «inventaba» una nueva actividad para pensar el pasado y el presente. En mi caso, nos dedicábamos a profundizar sobre la política desde la teoría, pero más detalladamente, sobre la realidad nacional y provincial. Su predisposición por el estudio sobre los orígenes del socialismo y especialmente sobre el «renacimiento» socialista en la provincia y en Rosario, y su simpatía por el «latorrismo» –sector al que yo pertenecía, opositor a la actuación del Partido Demócrata Progresista en la dictadura– nos encontraba en interminables charlas y discusiones.

Su hipótesis aseguraba que el socialismo en Rosario tuvo, a principios del siglo XX –momento en el que nacionalmente se constituyó la identidad «histórica» socialista–, su crecimiento relativamente «obturado» por la aparición de la Liga del Sur y por la posterior creación del partido de Lisandro de la Torre, y que pese a sus diferencias ambos partidos tenían puntos de coincidencia: la integración de los extranjeros al régimen político, el rechazo a las conspiraciones cívico militares, la participación electoral, la denuncia del fraude y el énfasis en la política municipal y la autonomía. Paradójicamente también advertía que en realidad, «lo que los unía los enfrentaba al mismo tiempo», especialmente cuando de disputas electorales se trataba. Sin embargo, en las elecciones nacionales de noviembre de 1931, el carácter «programático» de los dos partidos había estado en la base de la constitución de la alianza electoral bajo la fórmula De la Torre-Repetto. Su hipótesis planteaba que en décadas posteriores se fue produciendo una decadencia del PDP como partido regional alternativo al bipartidismo dominante, en donde creía que «no era ajena en los tramos finales, la vinculación de ese partido con la dictadura militar en el ámbito municipal. En ese marco, el socialismo rosarino comenzó a ocupar ese rol alternativo a la hegemonía peronista-radical en la ciudad».

En nuestra ciudad también, y a principios de la década de los 90, Falcón fue uno de los convocantes para la constitución del Club de Cultura Socialista de Rosario, del cual participamos con varios colegas, académicos y amigos. Decidimos continuar con la denominación original de «club» (y no «centro» o «ateneo») porque en definitiva –más allá de las vicisitudes y crisis de la institución en Buenos Aires–, pretendía mantener el espíritu esencial del grupo fundador: de un lado procuraba distanciarse del formato tradicional de una asociación académica, exclusivamente constituida por universitarios y especialistas, así como evitar que la denominación fuera interpretada como un eufemismo para anunciar la constitución de una nueva

fuerza o partido político. El «Club» efectivamente evocaba y valorizaba la idea de una institución apoyada en una «sociabilidad de camaradería». Y en este espacio, como en otros similares, encontraba a Ricardo en su plenitud: las charlas y paneles lo tenían como protagonista principal, promoviendo siempre el debate, la mirada aguda, apelando a la reflexión crítica.

Y antes y después de cada encuentro, en el bar que acompañaba nuestras citas, prolongaba la discusión con la pasión que lo caracterizaba, con la pureza de sus convicciones. Esas charlas, a veces interminables, rememoraban el mismo escenario de mi niñez, en donde con las mismas convicciones y pasión, escuchaba discutir en las sobremesas sobre el destino del mundo y de la Argentina, a mi abuelo comunista perseguido por el fascismo, a un tío republicano español que corrió la misma suerte y a mi padre, defendiendo las ideas de Lisandro de la Torre.

Ricardo Falcón nos desafiaba a pensar. Permanentemente. Por ello, no es menor, que al momento de su muerte, en la crónica que evocó su trayectoria muchos rescataran su vocación por la formación de investigadores: «enseñar» a investigar es enseñar a pensar... En ámbitos en donde muchas veces prevalecen los egoísmos y los «boxes» académicos, Ricardo fue reconocido por su admirable capacidad de dedicar su tiempo, sus trabajos, sus conocimientos a la generosa tarea de formación de colegas y equipos.

Ricardo invitaba a pensar a sus discípulos, a luchadores sociales, a todos nosotros. Tal vez por eso fue un fiel exponente de la Universidad pública, que es por definición, un ámbito de libertad y a la que defendió ineludiblemente. Seguramente sabedor, como lo dijera un viejo historiador que «no habrá nunca Universidad si se suceden las generaciones acostumbradas al cercenamiento de la libertad de pensar, a la sanción punitiva del pensamiento libre, al reconocimiento de ortodoxias permitidas y heterodoxias condenadas...». ✎

RICARDO FALCÓN: UN ÚLTIMO ADIÓS

MARÍA DE LOS ANGELES YANNUZZI

Universidad Nacional de Rosario

No es fácil escribir sobre Ricardo. En circunstancias como estas nuestras emociones se movilizan rescatando recuerdos de todo tipo y devolviéndonos fragmentos de nuestras vidas que ya se encuentran modificadas de modo irreversible. Conocí a Ricardo allá por 1971, cuando yo comenzaba a militar en Política Obrera. Como responsable político entre otras cosas tenía a su cargo los seminarios internos de formación política en los que los recién iniciados leíamos y discutíamos los textos teóricos. Fueron años muy particulares, de intensas experiencias políticas en el país que culminaron, como todos sabemos, con una trágica dictadura que lo llevó al exilio en Francia, donde se inclinó por el camino académico.

Fue recién a mediados de 1984 que nos pudimos reencontrar. En ese momento Ricardo, que había regresado poco antes, se había insertado en la Facultad de Humanidades y su nombre resonaba ya por ser un historiador que había traído en microfilms todo un archivo de diarios obreros publicados en Argentina entre fines del siglo XIX y comienzos del XX. Algo que no era muy fácil de conseguir en Rosario y que, además, daba cuenta de su vocación por la investigación y por la formación de recursos. Yo misma di mis primeros pasos en esta práctica junto a Ricardo y su gente.

Nuestro reencuentro fue, por cierto, por demás de oportuno. En la Facultad de Ciencia Política estábamos abocados a la reforma del plan de estudios, por lo que resultaba interesante el contacto con Ricardo. Sugerí así que se lo invitara a dar un curso para graduados sobre Pensamiento Político Latinoamericano, un tema del que Ricardo era gran conocedor y cuyo desarrollo resultaba estimulante para la discusión que se estaba dando en nuestra Facultad.

Este fue su primer contacto con la carrera de Ciencia Política, lugar en el que Ricardo terminaría concentrando tiempo después su mayor actividad docente y de investigación. Con un nuevo plan de estudios que comenzaba a funcionar y ante la necesidad de cambiar una planta docente muy desactualizada y poco afecta al

compromiso democrático, su presencia, primero como titular de Historia Social Latinoamericana II y luego también como titular de Historia Política Argentina, no solamente permitió una renovación ideológica en esta área disciplinar en nuestra Facultad, sino que también ayudó a formar equipos de investigación y a pensar la historia no en términos de simple legitimación.

No fueron pocas las contribuciones de Ricardo al mundo académico, como bien lo atestiguan sus artículos y libros. Su pasión por la historia del movimiento obrero y del socialismo marcó siempre una constante. A lo largo de su trayectoria académica, contribuyó con sus trabajos a la renovación de los estudios sobre los sectores populares en Argentina. Esto lo llevó también a profundizar en temas tales como el sindicalismo, el anarquismo, el régimen oligárquico y los orígenes de la Unión Cívica Radical.

Pero se trataba de un interés que no quedaba solamente restringido al conocimiento del pasado, sino que se proyectaba también al análisis agudo y penetrante del presente, análisis en el que también se entrecruzaban las dimensiones política, social, cultural e ideológica. Ese era su modo de intervención en el mundo y en la política, modo que en definitiva dejaba trasuntar su compromiso político y militante con la democracia y el socialismo. Formado y fogueado en la práctica de la crítica y la contestación de los sesenta-setenta, su modo de intervención —y, hasta podríamos decir, su modo de ser— contrastaba sin más con la impronta tecnocrática que en los noventa había desplazado a los intelectuales de su posición hegemónica.

Por eso, si bien su producción escrita constituye una contribución relevante particularmente en el estudio de los sectores populares y el movimiento obrero en Rosario, su aporte más característico y destacado seguramente ha sido la formación de recursos humanos. Tanto en el grado como en el posgrado, en la investigación y en la docencia, Ricardo nunca dejó de formar nuevos profesionales. Desde un inicio integró equipos de investigación, creó un centro de investigación, el CIESAL, y tomó la iniciativa para que el centro tuviera una revista en la que se pudieran difundir los trabajos realizados. Quienes lo conocimos no podemos negar que Ricardo disfrutaba con ello.

En esa permanente tarea de formación de las nuevas generaciones, Ricardo realizó, debemos decir, una labor realmente destacable. Si bien la relación con él a veces podía resultar algo difícil, fue uno de los pocos directores que efectivamente seguía, leía y aportaba a sus dirigidos y a quienes se reunían a su alrededor, participando de las constantes discusiones y debates que siempre de alguna forma

promovía. Incluso, quienes se iniciaban en estas nuevas lides se encontraban de entrada con esa generosidad que lo caracterizaba, ya que, además de orientarlos intelectualmente, abría a quien la necesitara su vasta biblioteca personal que contenía muchas obras que de otra forma eran prácticamente inhallables. Investigadores, auxiliares de cátedra, tesis y becarios, no fueron pocos los que se formaron bajo su ala.

Tampoco era extraño verlo en la Facultad, rodeado de algún grupo de estudiantes, discutiendo política y haciendo de ello un ejercicio de análisis y argumentación. Ya fuera en clase o en otros espacios menos formales, los comentarios y análisis de Ricardo resultaban estimulantes para muchos de los jóvenes. A ello se agregaba también ciertas características propias de su personalidad, que era prácticamente un imán que ejercía constantemente una poderosa atracción.

Ricardo siempre tuvo, en ese sentido, una muy fuerte presencia en todos los ámbitos en los que se desempeñó, generando incluso sentimientos extremos y encontrados de afecto o rechazo producto de una conflictiva forma de ser. Sus agudas e ingeniosas intervenciones, su generosidad con su biblioteca personal y su dedicación a la formación de nuevos recursos necesariamente deben conjugarse con sus excesos, porque, como él mismo me dijera hace ya muchos años: «No resulta confiable alguien que no los tenga».

Esta era su medida de lo humano y creo que no estaba muy equivocado. Demasiada racionalidad puede resultar hasta ficticia. Sin embargo, muchas veces, gracias a sus desplantes y excesos, se hacía imperioso poner distancia en la relación para intentar recuperar una cierta tranquilidad y el respeto que en otras condiciones siempre tenía por los demás. Pero Ricardo era así. Era esta conjunción contradictoria que se fue acentuando con los años. Pero si bien generaba sentimientos diversos, en el fondo este rasgo nunca llegó a opacar su capacidad de análisis, como lo demuestran particularmente sus seguidores más jóvenes.

Pero hubo un momento en que todo cambió. No sin tristeza recuerdo la última vez que compartimos una cena. Fue el 8 de junio del año pasado, después de una Jornada por el Bicentenario que tuvo lugar en Ciencia Política, cuando nos reunimos a cenar con otros panelistas y con los organizadores. El Ricardo que estaba allí ya no era el Ricardo de siempre. Por primera vez, si bien en algún momento intervino en la conversación, la mayor parte del tiempo se la pasó callado, con la cabeza gacha. En otro momento, seguramente se las hubiera ingeniado para que la conversación girara en torno a sus intervenciones. Pero el Ricardo que estaba

con nosotros en ese momento parecía ya cansado y estaba prenunciando un final que lamentablemente no tardó en llegar. Hoy, tras su muerte, su ausencia nos ha dejado sumidos en la tristeza y con un gran vacío. De alguna manera a los que lo conocimos nos toca ahora construir su memoria, recuperar su legado, si bien todavía resulta quizás demasiado pronto para definirlo claramente. Sin embargo, creo que en parte queda asegurado a través de sus escritos, muchos ya incorporados en los programas de distintas cátedras. Y en este caso, mis colegas historiadores son quizás los más apropiados para transmitir a las generaciones futuras lo que ha sido su contribución a la historiografía tanto local como del movimiento obrero. Pero no son necesariamente los únicos. Todos los que de algún modo estuvimos cerca de él a lo largo de su vida hemos aprendido, no obstante su a veces conflictiva forma de ser, muchas cosas de él.

Pero hay algo que temo que se pierda y que debería constituir probablemente su legado más importante. Me refiero a esa atmósfera de discusión, de debate en la que siempre se desenvolvía. Este era el modo, en realidad, en que se manifestaba su compromiso político. Por eso donde estaba Ricardo se discutía, se debatía. Con alumnos, dirigidos o colegas, sus intervenciones no pasaban desapercibidas e invitaban a la polémica. Siempre había confrontación de ideas, no exenta, por supuesto, de cierta carga emotiva. Pero independientemente del tema tratado, siempre resultaba ser un extraordinario ejercicio en el que los saberes adquiridos servían para dar cuenta de nuestro propio presente, en un esfuerzo por intentar pensar el modo de intervención en la realidad, explicando al mismo tiempo nuestro lugar en el mundo. Es esta atmósfera, es esta forma de discusión, que Ricardo arrastraba de los sesenta-setenta, la que me parece importante recuperar. No para hacer de ella un fin en sí misma, sino para constituir la en antesala necesaria para toda posible instancia, en algún momento, de creación. ✎

RICARDO FALCÓN Y EL ECLECTICISMO MILITANTE EN LA HISTORIA DE LOS TRABAJADORES EN LA ARGENTINA

ENRIQUE MASES

Universidad Nacional del Comahue

Una significativa renovación historiográfica respecto a la historia de los trabajadores en la Argentina comenzó a manifestarse con amplitud a comienzos de la década del ochenta, cuando precipitada la crisis de la dictadura cívico militar, con la derrota en Malvinas primero y la apertura democrática luego, permitieron reactivar una actividad histórica crítica que había sido congelada por el autoritarismo del régimen. Este nuevo escenario se manifestó a través de la expansión de publicaciones y de ámbitos e instancias de debates entre historiadores, que permitió la emergencia de una nueva e inorgánica corriente historiográfica.

Sin embargo, este no fue un movimiento espontáneo toda vez que dos vertientes confluyeron en su aparición. Por un lado, aquella formada por algunos precursores que a través de los intersticios que dejaba el accionar de la dictadura pudieron hacer conocer y discutir algunos textos sobre todo de la denominada «perspectiva desde abajo», que serían claves para ir preparando esa oleada renovadora. Por otro lado, con la apertura democrática se produjo el regreso al país de no pocos historiadores que estaban en el exilio y que también habían tenido contacto directo con las nuevas orientaciones, por lo que una vez incorporados al mundo académico sus aportes dieron forma a esta segunda vertiente. Este es el caso de Ricardo Falcón.

Esta oleada renovadora, estuvo caracterizada por la apertura de nuevas miradas frente a las historiográficamente tradicionales que apuntaban sólo a avanzar en el plano político ideológico. Por el contrario, sus condiciones de vida y de trabajo, los contenidos de su cultura y las formas organizativas que se dieron junto con las ideologías, las formas de lucha y resistencia de los trabajadores, en el marco de los modos de control y dominación sobre ellos ejercidos, fueron algunas de las nuevas temáticas abordadas.

En este marco, los aportes de Ricardo fueron un estímulo importante en el desarrollo de esta corriente. Dentro de ellos merecen destacarse su definición de

la categoría trabajadores para denominar al actor esencial de esta temática, en oposición a la de sectores populares; contraposición que, por otra parte, originó una intensa discusión por más de una década entre los historiadores del mundo del trabajo. De igual importancia son sus definiciones sobre la cultura del trabajo y la apelación a la necesidad de avanzar en tratar de indagar en un escenario más amplio que el del mundo del trabajo y que denominaba «mundo de los trabajadores», en el que incluía también el ámbito de consumo, las condiciones de vida, y al mismo tiempo las instancias políticas e ideológicas del movimiento obrero y de los movimientos sociales y sus manifestaciones en el conjunto de la vida social, particularmente sus luchas.

Junto a estos, aparece otra contribución importante en la producción de Ricardo, la que gira en torno a la utilización de distintas herramientas teóricas en la construcción de una historia de los trabajadores; aporte al cual quiero referirme particularmente y que tiene que ver con un intencionado eclecticismo que barre con el dogmatismo de la historia tradicional del movimiento obrero y que Falcón denominó en su momento como *eclecticismo militante*.

Como señalamos más arriba, en lo concerniente a la historia de los trabajadores, las nuevas propuestas que se dieron a partir de los años ochenta, provendrían desde lugares y ángulos distintos, pero con particular énfasis de Gran Bretaña, por razones que tenían que ver con las peculiaridades de su historia política e intelectual.

En este sentido, la influencia, de las contribuciones de Edward Thompson y Eric Hobsbawm, entre otros, aparece claramente determinada en una pléyade de historiadores argentinos, entre ellos Falcón, interesados en la misma problemática, y en avanzar en una significativa renovación temática que superara los límites tradicionales de las historias del movimiento obrero. Pero, en los trabajos de Falcón, estas influencias se amplían y comprenden también los aportes de Michel Foucault tomando algunas de sus propuestas, fundamentalmente en lo que hace al disciplinamiento social y a la descentralización del análisis de la resistencia.

Este deliberado abreviar en miradas tan diferentes nos remite a otra cuestión de relevancia: la de la multiplicidad de las «influencias» y la clara ruptura con la historiografía tradicional. Como es sabido, esta última no estaba exenta de un fuerte dogmatismo ya que sólo se reconocían como fuentes apelables aquellos autores que profesaban un pensamiento ideológico afín con el autor.

Por el contrario, los trabajos de Falcón demuestran una vocación exactamente contraria: en cada uno de los temas las fundamentaciones teóricas recurren a una

gama sumamente heterogénea de autores disímiles. Busca, en cada caso, una inspiración adecuada sin reparar demasiado en las filiaciones previas. Esta posición se expresa en sus primeros trabajos¹ y se mantiene a lo largo de toda su producción. Basta recorrer los distintos soportes bibliográficos de sus investigaciones, y esto podemos hacerlo extensivo a los programas de sus cursos y seminarios dictados, para acordar con esta afirmación.

Se ejerce, en consecuencia, en los trabajos de Falcón un cierto eclecticismo que desplaza al viejo dogmatismo de las corrientes tradicionales. Este eclecticismo, que consiste en saber recibir una amplia diversidad de aportes teóricos, sin fijarse en su procedencia, sino pensando en la utilidad de su empleo para los fines de la investigación empeñada. Consciente de esto, el mismo Ricardo solía repetir más de una vez que este *no debía ser un eclecticismo vergonzante y por lo tanto, marcado, todavía, por la rémora prejuiciosa del viejo dogmatismo, sino un eclecticismo militante, marcado por la expresa voluntad de combinar las inspiraciones más efectivas.*

Es este eclecticismo, el que permite a Falcón tratar con solvencia y con inteligencia crítica aspectos muy diversos que componen el mundo de los trabajadores. Y sin embargo, esa diversidad tanto en el tratamiento de cuestiones diferentes como por el tipo disímil de aportes teóricos aceptados, no impide una constante, a veces más diluida a veces más nítida, vocación de globalidad. ✎

¹ Ricardo Falcón, Alicia Megías y Agustina Prieto, *Un orden y una moral para Rosario. Una tentativa de disciplinamiento de los sectores populares en formación (1870-1890)*. Informe PID (CONICET), CURENA. Escuela de Historia Rosario, 1986. (Inédito)

LOS APORTES DEL DR. RICARDO FALCÓN A LA CIENCIA POLÍTICA

ARTURO FERNÁNDEZ

Universidad de Buenos Aires / Universidad Nacional de Rosario / CONICET

La muerte de Ricardo Falcón dejó un vacío muy difícil de llenar para sus amigos, contertulios y discípulos. Por otra parte, Ricardo era un historiador rosarino formado en la rigurosidad del trabajo de archivo y que realizó aportes originales al estudio de los orígenes del movimiento obrero y su etapa anarquista. Sin embargo, no pasaron en vano sus veinticinco años de Profesor de Historia en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, la más antigua de estas disciplinas en la Argentina. Desde fines de los años ochenta Ricardo profundizó una perspectiva histórico-social alimentada por significativos autores provenientes de la Filosofía Social y de las Ciencias Sociales. Ello le permitió enseñar Historia concitando el interés de los estudiantes de Ciencia Política, formar grupos de investigación con politólogos e influir en la elección de temas de Historia Social y Política que enriquecieron a esos grupos, a sus miembros y a su mencionada Facultad.

Por ello me permito afirmar como colega y politólogo que Ricardo ha dejado aportes significativos a la Ciencia Política que trascienden el ámbito de Rosario. Mi afectuoso recuerdo a su persona y a su obra está dirigido a subrayar y comentar algunos de ellos:

1. La historicidad de lo político

Muchos politólogos de renombre reconocen el peso del legado histórico como un factor explicativo concurrente de sus análisis; sin embargo, en muchos casos no detectan correctamente dicho factor por su conocimiento histórico limitado. Parece imposible que los muy buenos científicos políticos comprendan la realidad del pasado con la profundidad de un historiador pero sería deseable una mayor preocupación en esta materia, sobre todo cuando se estudian países ajenos a la propia cultura. La limitada historicidad del análisis político es fuente de sus li-

mitaciones y de sus errores, alimentada por carencias de varios enfoques teóricos utilizados por la Ciencia Política.

La forma de abordar la historia del Profesor Falcón aparece con claridad en *La Barcelona Argentina*, libro en el cual se parte de la «cuestión social» en Rosario para vincular el movimiento obrero de fines del siglo XIX y principios del XX con la inmigración, la cuestión étnica, las elites sociales, los partidos políticos de la época y el naciente nacionalismo. A partir de un estudio local se alcanzan a visualizar encuentros y desencuentros sociales y políticos que marcaron la realidad nacional hasta nuestros días. Leyendo *La Barcelona Argentina*, un politólogo puede tomar conciencia que ignorar u obviar el análisis socio-histórico de los fenómenos vinculados al poder mutila su capacidad de develamiento de la realidad; por otra parte no se trata de que él haga historia sino que la conozca y la comprenda con un nivel satisfactorio.

En general, lo atractivo de diversos estudios de Ricardo consistía en su capacidad de vincular el pasado con el presente, su ir y venir de hechos internacionales a los de nuestro país y de los problemas generales a los particulares. Ello es un significativo aporte a la Ciencia Política que le permitió debatir teorías y coyunturas actuales desde posiciones ideológicas que no ocultaba y que no dogmatizaba. Ello enriquece a la Historia como disciplina; tengo la impresión que un creciente número de historiadores están siguiendo ese camino.

Sobre todo dicho posicionamiento contribuye a que la Ciencia Política no caiga en la tentación de aislarse de «lo histórico» y de otras Ciencias Sociales. Este peligro está ampliamente difundido en el individualismo metodológico, corriente teórica muy influyente por su búsqueda de rigurosidad cuantitativa en la disciplina. Aun en tendencias comparatistas se suelen abordar realidades complejas cuya historia se desconoce o se simplifica. Esta es una de las causas por las cuales las instituciones y los procesos políticos de ciertos países influyentes se pretenden universalizar de forma mecánica con resultados teóricamente endebles y prácticamente fallidos. Falcón demostró que la afirmación práctica de la historicidad socio-política es un camino indispensable para perfeccionar la Ciencia Política.

2. El rol político de la clase obrera y del sindicalismo y la Ciencia Política

Los estudios del Prof. Falcón sobre el anarquismo, sitúan una de las ideologías del movimiento obrero como parte de las etapas de investigación científico-social para lograr una sociedad justa y libre que se iniciaron en el siglo XIX, acompañando la acción transformadora del sindicalismo enfrentado a los abusos del capital. La utilización que hace Ricardo del enfoque teórico del historiador inglés Thompson, un marxista heterodoxo y original, y su propia visión post-marxista, lo alejaron de toda visión milenarista de la lucha de la clase obrera.

Sin embargo, la significación otorgada a la creación intelectual derivada de la organización y proyección política de los gremios, y luego los partidos, de los trabajadores organizados, cubre un vacío de la Ciencia Política generado por la realidad norteamericana. Es cierto que Estados Unidos fue la sociedad industrial occidental con el movimiento de trabajadores más débil, al punto que sus partidos obreros fueron pequeñas sectas. Aun así, las precedentes luchas anarquistas incidieron en los cambios sociales tempranos de su capitalismo y su original adopción de pactos sociales particulares a nivel de empresas, que morigeraron la radicalidad del movimiento sindical norteamericano antes que en los otros países capitalistas, durante la primera mitad del siglo veinte.

Todo ello puede explicar, pero no justificar, que la mayoría de los politólogos de América del Norte confunda las diversas variantes del pensamiento surgido en el movimiento obrero (anarquismo, marxismos...) como simples ideologías del pasado, que no tienen relación con el estudio del poder. Esta postura es rayana con la ignorancia y sorprende por su provincianismo. En realidad, no habría habido democracia con sufragio universal ni Estados de Bienestar, aun en Estados Unidos y Canadá, sin la acción colectiva de los trabajadores, del mismo modo que no se hubieran logrado los pactos entre capital y trabajo que aseguraron y aun mantienen la estabilidad política de los países con altos índices de integración social después de la crisis de 1930 y, sobre todo, de la Segunda Guerra Mundial.

La presencia de un sólido historiador de los orígenes movimiento obrero como Ricardo Falcón en la Carrera de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Rosario amplió por sí misma la perspectiva de muchos politólogos, tanto alumnos como docentes. Esta tendencia fue favorecida por el Plan de los años ochenta con una sólida formación sociológica, que generó un perfil de egresado que relaciona lo político con su contexto social. Ello es atinado a nivel de la Ciencia Política como disciplina que pretende ser universal pero se torna aun más indispensable en

países periféricos como la Argentina y sus vecinos latinoamericanos; el pretender confundir el real objeto de estudio de la Ciencia Política, el conocimiento del poder, con la democracia de los países anglosajones condujo y conduce a reduccionismos y confusiones que se aproximan a la manipulación ideológica.

Al transmitir su vasta información acerca del sindicalismo e intercambiarla con el Centro Cultural anarquista que funciona en Rosario, el Profesor Falcón contribuyó a abrir nuestras mentes de politólogos.

3. «Civilización y Barbarie» en la Ciencia Política nacional

Por sus orígenes familiares y su evolución personal e intelectual, Ricardo pertenecía al campo intelectual de la «civilización», el cual nació en un prestigioso y estrecho grupo universitario y cultural que, en los años treinta, creía sinceramente que Argentina formaba parte de Europa. La desgraciada división de ese lejano pasado marcó trágicamente la evolución de la vida universitaria en nuestro país después de 1935 y condicionó negativamente la investigación científica, sobre todo en las Ciencias Humanas y Sociales pero afectando aun las Exactas. No es este breve artículo el lugar para desarrollar un fenómeno característico de nuestro país.

La reaparición de fenómenos de intolerancia intelectual se han multiplicado en los últimos años como simple consecuencia de un debate político nacional que vuelve a dividir a los argentinos en clases sociales, grupos étnicos y de interés; la imposibilidad permanente que los sectores dominantes acepten establecer pactos sociales los agudiza y hace revivir la antigua dialéctica entre argentinos «civilizados» y «bárbaros». En Ciencia Política, como en otras Ciencias Sociales, el debate sigue girando alrededor de la adopción de modelos exitosos en países integrados socialmente y de imposible aplicación en la periferia subdesarrollada.

El campo de la «barbarie» no es homogéneo pero viejas y nuevas generaciones que nos sentimos parte del mismo consideramos la justicia social como el valor supremo de nuestra tarea de docentes e investigadores; esa justicia social fue trabajosamente impuesta entre 1945 y 1955 y bastardeada desde entonces. Una página preparada por talentosos jóvenes y calificados científicos sociales sintetiza la ambición de disputar la primacía académica a posturas que aplican a las realidades locales ciertos enfoques nacidos en países dominantes; se trata de suscripcion@labarbarie.com.ar

El restituir esa *justicia social* es una tarea ciclópea e incluye la valiente tarea emprendida en el año del Bicentenario de crear una Historia alternativa a aquella

que se impuso desde el Estado desde fines del siglo XIX; ella no favorece el acercamiento de la intelectualidad argentina pero es indispensable para desarrollar nuevas hegemonías sociales.

Sin atribuirle la capacidad de hacer síntesis que son imposibles de realizar a nivel personal, reconozco que Ricardo, historiador «civilizado», miraba la sociedad argentina con tal grado de complejidad que evitaba críticas desaforadas a la producción de la sociedad «bárbara» y, sobre todo, ejercía la docencia, aceptaba el debate con sus puntos de vista y dialogaba con todos; más aún, hasta dirigía tesis que pensaban muy distinto que él, aceptando co-dirigirlos con figuras eminentes del bando opuesto a sus convicciones, tal como el Dr. Horacio González. Ello demuestra su rara y lúcida amplitud; ensalzándolo como académico de jerarquía y como argentino tolerante.

La Ciencia Política nacional y latinoamericana analiza realidades extremadamente conflictivas y se divide en campos de comprensión enfrentados que no confluirán en sus análisis. Sólo se puede y se debe debatir con respeto y rigor en el seno de la disciplina y de las Ciencias Sociales nuestros puntos de vista antagónicos, tal como nos enseñara Ricardo. Es una de las tantas tareas pendientes.

Al Profesor Falcón lo despedió un homenaje unánime y plural, lo cual hace presumir que existe un reconocimiento a su actitud de diálogo y un cierto ánimo de debate académico que él supo encarnar prácticamente. Otro de sus valiosos legados a la Ciencia Política que nos compromete a imitarlo. ✎

LA FRENTE TRISTE DE PENSAR LA VIDA

WALDO ANSALDI

Universidad de Buenos Aires / CONICET

No sé bien por qué —y a decir verdad nunca lo indagué—, pero siempre que veía o recordaba a Ricardo venía a mi memoria la letra del hermoso poema que Cátulo Castillo dedicó a Homero Manzi, en esa parte que dice: *Tu frente triste de pensar la vida / tiraba madrugada por los ojos*. Así lo recuerdo todavía hoy, cuando ya no está físicamente presente.

Tal vez esa asociación tenga que ver con ese aspecto que Ricardo tenía, entre melancólico, serio, concentrado y trasnochado de madrugadas en bares. Todo ello sin dejar de ser un tipo abierto, listo para el debate, con rigor y sin perder el respeto por el otro, aun disintiendo, un gesto cada vez menos frecuente, y no sólo en nuestra fauna.

Conocí personalmente a Ricardo recién a fines de octubre de 1985, en una situación que no daba para mucho trato personal, pues nos encontrábamos en una situación institucional que no permite ir más allá de lo formal, incluso cuando existe un conocimiento previo entre ambas partes (lo que no era el caso). Específicamente se trataba del concurso para proveer un cargo de profesor titular de Historia Política Argentina, en la Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario, en la que sería su casa, concurso que Ricardo ganó. Como a los otros miembros del jurado, me impresionó la solvencia con la que afrontó y abordó el tema (no recuerdo cuál era), la calidad pedagógica con la cual lo expuso y, sobre todo, la originalidad del planteo. Curiosamente, fue pocos días antes de su muerte que me tocó evaluarlo nuevamente: el 16 de junio firmé el dictamen favorable de su último proyecto de investigación, «Intelectuales, política y sectores populares en Argentina», una temática que resumía buena parte de sus últimas preocupaciones y avanzaba temporalmente hasta las vísperas del peronismo.

Después de octubre de 1985, nos encontramos en muchas ocasiones, sea con motivo de mis frecuentes viajes a Rosario, sea en congresos u otras actividades académicas, y entablamos una relación amistosa bastante cercana, tanto como

para compartir algunos almuerzos en su casa y conocer a la mujer con la que entonces compartía la vida, muchacha que, casualmente, había sido alumna mía en un curso del posgrado de FLACSO, ignorando hasta ese momento el vínculo afectivo que los unía. Ni él ni ella apelaron al vínculo personal que Ricardo y yo ya teníamos, una actitud que habla con elocuencia de su ética.

En esas conversaciones fuimos encontrando muchos puntos en común y también algunas diferencias, tanto en lo académico cuanto en lo político. En los tiempos en los cuales me dedicaba a la historia política argentina solíamos confrontar posiciones respecto de las relaciones históricas entre el Partido Socialista y la Unión Cívica Radical –una historia, como saben todos quienes conocen algo al respecto, marcada por un fuerte antagonismo sólo superado en tiempos recientes–, en particular durante las presidencias de Hipólito Yrigoyen. Ahí sí teníamos diferencias insalvables: Ricardo estaba convencido de la genuina y honesta posición de *El Peludo* en materia de concesión de derechos sociales a los trabajadores, mientras para mí, más en concordancia con la hipótesis de David Rock, se trataba básicamente de una estrategia oportunista para disputarle a los socialistas el apoyo electoral de los trabajadores argentinos pertenecientes a los sindicatos de áreas económicas vitales para la economía agroexportadora (ferroviarios, marítimos, portuarios).

La divergencia, empero, no afectó nuestra relación ni fue óbice para que comenzáramos a explorar, por iniciativa de Ricardo, un posible trabajo conjunto sobre los partidos políticos argentinos, prestando particular atención a los de izquierda. Comenzamos a barruntar la idea en un bar de Neuquén, en ocasión de las VII Jornadas Interescuelas / Departamentos de Historia, en setiembre de 1999, retomando las conversaciones en algunos encuentros en Rosario y Buenos Aires. Asumo la responsabilidad de no haber llevado la iniciativa adelante. Por entonces, mi decisión de trabajar en el campo de la sociología histórica era definitiva, si bien esta opción no hubiese sido impedimento para el trabajo conjunto, probablemente todo lo contrario. En cambio, fue decisivo mi pasaje al estudio casi exclusivo de América Latina y al tiempo presente. Mirada a la distancia, sospecho, la experiencia hubiese sido más que interesante. Es que había un punto en el cual las opciones disciplinarias de uno y otro se aproximaban y hasta solapaban, sin confundirse. Ese punto de confluencia era el de la historia social, campo en cual Ricardo brillaba, y de la sociología histórica de mi preferencia.

Por otra parte, esa opción de Ricardo por la historia social –centrando su

preocupación en los trabajadores— no estaba dissociada de la historia política. La articulación entre ambos campos disciplinarios le permitía ampliar y profundizar su explicación de la historia de la sociedad argentina entre 1880 y 1930. Allí, Ricardo descollaba. Era, quizás por sobre todo, un decidido practicante de la historia social, enarbolando la bandera casi como un Quijote embistiendo contra los molinos de viento, en tiempos en los cuales la mayoría de sus colegas abandonó el campo para optar, sobre todo, por una *historiografía acontecimienta* remozada pero igualmente carente de teoría y de conceptos. De hecho, era uno de los pocos historiadores sociales genuinos, alejado del empirismo y la preocupación por lo micro dominantes en la historiografía argentina actual. Era, sin duda, la expresión más alta de la historia social en nuestro país.

Así, como un heredero o un continuador de las tendencias predominantes en las décadas de 1960 y 1970, Ricardo seguía insistiendo en la importancia de los sujetos colectivos como hacedores de la historia de una sociedad, enfatizando la centralidad de la clase obrera en ese proceso. Esa perspectiva fue enriquecida con la incorporación de la más reciente de la llamada *historia desde abajo*. Allí supo aprovechar los aportes de Edward P. Thompson y Michel Foulcaut, incorporando luego los de la denominada *nueva cuestión social* (Pierre Rosanvallon, sobre todo). Quizás el excelente libro que Ricardo publicó en 2005, *La Barcelona argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario, 1870-1912*, constituye una explícita formulación de lo más elaborado de su pensamiento, en algún modo afectado luego por la gravedad creciente de su enfermedad, a la cual enfrentó con valentía y sin perder el entusiasmo.

El Ricardo Falcón que descollaba en el proceso de reconstrucción de las ciencias sociales argentinas —y dentro de ellas la Historiografía, pues se oponía a separarlas, contrariando la moda dominante entre sus colegas— no dejó de ser —como bien se dijo en la convocatoria con la cual *Estudios Sociales* nos invitó al homenaje— «un apasionado constructor del campo intelectual en la búsqueda de un diálogo —que quería permanente— entre la política, la historia y la teoría social». En este sentido, Ricardo no renegó de su pasado militante de los años 1960-1970: aunque por mandato de la coyuntura resignificara muchas posiciones de entonces, no abjuró del núcleo duro de ese compromiso. A él también le cae bien aquello de genio y figura hasta la sepultura y, como decía el poeta brasileño, Thiago de Mello, *Mis caminos de hoy son los mismos de ayer, lo que es nuevo es el modo de caminar*.

Fue esa actitud vital, sin duda, la que le hizo ser aquello por lo cual quienes se

formaron con él y trabajaron a su lado, como también quienes tuvimos la suerte de conocerlo y tratarlo, le recordaremos siempre: el rigor, la pasión, la generosidad, la solidaridad, la honestidad, la consecuencia, el compromiso, la coherencia, la serena y firme entereza de ser fiel a las convicciones. En fin, un tipo accesible, pródigo en impulsar proyectos e iniciativas. Gran formador de recursos humanos, deja un grupo de historiadoras e historiadores que llevan su sello.

Como el Homero Manzi recordado por Cátulo Castillo, el Flaco Falcón, *de tanto andar sobrándole a las cosas / prendido en un final, falló la vida*. Pena que no haya otra para seguir compartiéndola con él y con gente como él. ✎

HISTORIA LABORAL / HISTORIA LOCAL / HISTORIA NACIONAL
EN ROSARIO AL DESPUNTAR LOS AÑOS OCHENTA

DIEGO ARMUS

Swarthmore Collage

En una pizarra, o algo parecido, un tipo alto, desgarbado y desaliñado acababa de escribir: «si me llaman de París, digan que estoy en el Cairo y que, si pueden, vuelvan a hacerlo en dos horas». Lo miré y pensé en silencio, sabiendo que me faltaba información para entender lo que había leído: «qué mundano el autor de este mensaje, transitando entre Rosario, Francia y Egipto con la soltura de un piloto de avión». No pude compartir mi humorada con nadie porque en verdad no conocía, ni mucho ni poco, a ninguno de los presentes. Yo era uno de los porteños, recién recibido en Filosofía y Letras de la UBA, que el Departamento de Historia de la Facultad de Humanidades de la UNR había invitado a que sumaran lo que podían en la renovación universitaria llegada de la mano de la democracia.

La semana siguiente, supongo que sería al comienzo del segundo cuatrimestre de 1984, me presentaron al autor de ese mensaje cosmopolita que alguien ya había borrado de la pizarra. Era Ricardo. Y ese mismo día, y con la soltura de un anfitrión muy conocedor de su ciudad, me invitó tomar café al Cairo. Fue algo extraño, una suerte de puesta a punto entre dos desconocidos que sospechaban que iban a tener de qué hablar a pesar de las diferencias generacionales. En ese encuentro me enteré que el Cairo no quedaba en Egipto, sino que era un lugar emblemático de Rosario. Y empecé a conocer algo de la vida de Ricardo, de sus expectativas profesionales, sus convicciones políticas, su vocación docente. A nuestros cafés semanales en el Cairo o en la Savoy, se agregaron cenas en un bodega que regentaba un pintoresquísimo Don Atilio. En esas charlas Ricardo no podía, o no quería, ocultar cierta añoranza por sus años parisinos. Como muchos de los que pasan algún tiempo de su vida afuera del país, premeditadamente o no buscaba legitimar sus credenciales mencionando a los para mí y para muchos desconocidos Madeleine Rebérioux y Robert Paris, sus mentores intelectuales en temas de historia del movimiento obrero. También eran recurrentes las referencias al Instituto de Historia Social de Amsterdam, referencias que, esas sí, yo escuchaba

con interés y algo de envidia (años después, cuando pasé un tiempo trabajando en el Instituto entendí su entusiasmo). También hablábamos, expectantes y esperanzados, de la Argentina de Alfonsín que estábamos viviendo. Dialogábamos cuando se trataba de política nacional. Cuando se trataba de política rosarina o santafesina el diálogo se transformaba en un monólogo que yo escuchaba con interés pero convencido que mi interlocutor era, antes que nada, un observador –no un practicante– de esa política.

Además de las tareas docentes, yo llegaba a Rosario atraído por su historia, en particular las de las décadas en torno del 1900. A la historia urbana sumaba mi interés por la historia de los trabajadores y de los sectores populares, un tema que en Buenos Aires compartía con Leandro Gutiérrez, Mirta Lobato, Juan Suriano y Ricardo González. Leíamos con meticulosidad a los ingleses Eric Hobsbawm y Edward Thompson. Allí buscábamos nuestras referencias, no en la historiografía francesa.

Con Ricardo no hablaba de historia urbana sino de nuestros comunes intereses por ese muy dinámico tópico en la historiografía argentina de los años ochenta y parte de los noventa que era la historia laboral. Creo que ese fue el tema dominante que nutrió nuestra amistad profesional. Discutíamos, no acaloradamente, pero discutíamos. Ahora recuerdo dos temas recurrentes.

El primero rondaba en torno a cómo hablar del sujeto que nos interesaba. Se trataba de los trabajadores? O de los sectores populares? O de la clase obrera? O del proletariado? Sin duda la historia tradicional de las organizaciones obreras no servía de mucho. No era esa historia la que debatíamos ni la que queríamos hacer. Esas discusiones hoy me resultan bastante poco productivas historiográficamente hablando, en gran medida porque estaban sobrecargadas de ideologismos. Pero más allá de las diferencias, compartíamos la necesidad de hacer el trabajo empírico imprescindible que permitiera mejores y más sofisticadas interpretaciones de la formación de estos sujetos, no como inmanencias sino como resultados de procesos históricos concretos. Por eso rescato y recuerdo como mucho más interesantes nuestras conversaciones sobre algunos temas específicos. El lugar de la política en la experiencia cotidiana de los trabajadores fue uno de ellos. Ricardo quería encontrarla, aun metamorfoseada, en prácticamente todos los aspectos de la vida. Y casi siempre en clave de empeños y aventuras colectivas. Yo era mucho más escéptico. Trataba de evitar caer en una suerte de extrema politización de la vida cotidiana y me aferraba a pensar que en el mundo urbano del Litoral rioplatense del 1900 la apuesta individual había sido con frecuencia más importante que la colectiva

cuando se trataba del ascenso social. Otro de los temas que nos acompañaban era el lugar del mundo del trabajo y el del consumo y su relativa importancia en los procesos de gestación de las identidades individuales y colectivas. De la relevancia del mundo del trabajo en esos procesos no había dudas. Con el consumo en sentido amplio las cosas eran algo distintas. Se trataba de un tema relativamente nuevo, desatendido y hasta sospechoso. Creo que en este asunto del consumo el escuchaba mis preocupaciones y preguntas, aventuraba respuestas y supuestos, a veces muy imaginativos. Pero me parece que no le atraía tanto, o no lo consideraba tan relevante, como el mundo del trabajo. Era allí, en los problemas del mundo del trabajo, donde Ricardo hilaba más fino.

El segundo tema que nos daba para hablar era el de la escala de análisis. Nuestras discusiones, me parece ahora, estaban marcadas por lo que calificaría como condicionantes situacionales. En mi caso, se trataba de la mirada de un porteño que se afanaba por celebrar lo local, lo específico rosarino, evitando disolverlo en una narrativa nacional. En el caso de Ricardo, el afán era pensar la historia laboral como historia nacional. Lo local sólo servía para ilustrar una narrativa que se quería nacional. Más de una vez mencionó la idea de escribir una «historia de los trabajadores en la Argentina en tres tomos». Nunca supe cómo la imaginaba. Lo que sí recuerdo es esa aspiración a ofrecer una narrativa nacional. La tensión entre nuestras perspectivas situacionales no podía ser más clara: el porteño descubría que la historia local, de Rosario, no podía subsumirse a la de Buenos Aires; el rosarino se esforzaba por deshacerse del corsé que lo obligaba a escribir sobre Rosario. Es innecesario insistir en que las casi tres décadas de historiografía que median entre esas charlas y el presente han revelado algo obvio pero no explícitamente reconocido al comienzo de la década del ochenta, esto es, que lo local y lo nacional no son compartimientos estancos, que Buenos Aires no es la Nación, que el Interior es más que el Litoral (con todo, a veces pienso que el reconocimiento no es tal, a juzgar por los muchos libros publicados en los últimos años que siguen siendo titulados o subtitulados como historias argentinas cuando en realidad no lo son).

Yo dejé de ir a Rosario hacia fines de los años ochenta y desde entonces miro los avatares argentinos desde lejos, primero desde Berkeley y luego desde Nueva York. La última vez que estuve con Ricardo fue en un Congreso de Americanistas en Varsovia, creo que en 2000. Seguía bastante parecido a sí mismo —o al que yo conocí veinte años atrás— pero con una salud frágil, que ya mostraba complicaciones. Desde entonces, no dejé de preguntar por él cuando me encontraba con

amigos y colegas en Buenos Aires. No hace mucho, en dos cortas visitas a Rosario, Agustina Prieto y Ami Rigotti me transmitieron su registro, cargado de cariño, ironía y comprensión. Con esos muy fragmentados relatos fui armando una serie de imágenes de su vida. Hoy, mientras escribo estas notas, se prefiguran dos de esas imágenes. La primera, en los tempranos años ochenta, cuando Ricardo hablaba mucho de política, especialmente la rosarina y santafesina, pero lo que realmente hacía era dar clases y escribir sobre asuntos de historia laboral «argentina» y de historia de las ideas. La segunda, en el Rosario de la última década, cuando Ricardo coordinaba un grupo que trabajaba sobre la historia de la ciudad mientras la ciudad cambiaba, mucho y para bien, y en sentidos que Ricardo compartía pero que, por motivos que desconozco, no lo llevaban a involucrarse activamente –quiero decir políticamente– en esos cambios. Tal vez porque ya no podía hacerlo, tal vez porque no le habían hecho el lugar que el creía merecer. Da igual. Se sabe, la política es salvajemente ingrata. Con la historia todo indica que las cosas fueron algo distintas. No estuve ni en su sepelio ni en ninguno de los actos que lo recordaron. Pero me cuentan que allí no faltaron varias generaciones de estudiantes y colegas que no dejaban de evocarlos con respeto, agradecimiento, cariño, incluso complicidad. Desde la distancia y el recuerdo, me alegra mucho que haya sido de ese modo. ✿

IN VINO VERITAS

UN VIAJE DE EXPLORACIÓN SOBRE UNA VIDA POLÍTICA E INTELECTUAL

HUGO QUIROGA

Universidad Nacional de Rosario / Universidad Nacional del Litoral

El título de esta nota *In vino veritas* (en el vino está la verdad), la tomo prestada del libro de Sören Kierkegaard de 1845, como una metáfora, un recurso imaginativo, que me permite aludir a las improntas que deja una vida compleja, como la de Ricardo Falcón, para quien vino y verdad fueron términos indisolublemente vinculados. No es para nada, entonces, una referencia literal al contenido del texto de Kierkegaard, ni a su pensamiento. Es un paralelismo con el clima y el ambiente de comunicación y trabajo que creaba Ricardo con sus amigos, colegas y estudiantes. El centro de ese ámbito era la palabra, la discusión y el debate, que en general se generaba por fuera del ejido universitario. Los temas constituían un repertorio variado: la vida, las pasiones, el exilio, la política, el movimiento obrero, el socialismo, los proyectos de investigación, las tesis doctorales, todo con un acompañamiento crítico de sus argumentos. En este ejercicio intelectual, donde había también mucho de ficción y anécdotas repetidas, Ricardo hizo una libre elección de vida, que lo llevó a caminar por un sendero angosto en sus últimos años, a pesar de su inmenso talento.

Mis apreciaciones van a girar ahora en torno al subtítulo de la nota: «Un viaje de exploración sobre una vida política e intelectual». Ese viaje comienza con la amistad, la que mantuvimos con Ricardo Falcón. «Amistad», en el sentido literal del término, de apego mutuo y afecto desinteresado y recíproco. Una amistad profunda y sincera de 33 años (aunque Ricardo insistía en que era más extensa, pues, según él, ya nos habíamos conocido antes del exilio compartido), que resistió todas las pruebas que nos tocó vivir, en Francia y en la Argentina.

Con ese punto de partida, en este breve viaje de exploración podemos reconocer varias etapas en la vida de Ricardo. En la época del militante político, fue un reconocido dirigente estudiantil de Política Obrera, agrupación de origen trotskista. Colaboró como militante (y más tarde fue un estudioso) de la huelga de Villa Constitución, de vibrante repercusión en la vanguardia obrera revolucionaria de

entonces. La huelga se extendió durante dos meses, bajo el gobierno constitucional de Isabel Perón, en 1975. Yo militaba en la Organización Comunista Poder Obrero (OCPO), más conocida como Poder Obrero, una agrupación anti-stalinista. Creo que nos tratamos en esa época, en medio del conflicto, pero en ese momento nunca llegamos a ser amigos.

Ricardo se proclamaba un luxemburguista (y se jactaba de ello), partidario de la huelga de masas y de la insurrección, que descreía de las «vanguardias iluminadas» que preparan a las masas, a través de la teoría del foco, para la toma del poder. En la hondura y en la superficie, conscientes o inconscientes, de una manera o de otra, «todos», que incluye a las organizaciones armadas y a las que no lo eran, nos considerábamos como vanguardistas. El telón de fondo de este relato es un clima de época, que provenía de los tiempos de la Revolución Cubana y del Cordobazo, de la movilización de masas, del entusiasmo de los sectores juveniles por la idea de revolución, de la existencia de una vanguardia obrera industrial combativa, y de otros sectores contestatarios de las clases populares y medias. Todo ello constituía un horizonte de sentido por sí mismo.

Si bien Ricardo militó a favor de la construcción de un partido obrero revolucionario, nunca comulgó con la metodología de la lucha armada de las organizaciones guerrilleras, aquella de los «pequeños grupos». Era, en cambio, partidario de la violencia política, en el sentido soreliano de destrucción de las cadenas. Creía en la violencia de masas que se expresaba en la huelga general y la lucha insurreccional. En ese período no era un pacifista.

En la etapa del exilio nace y crece, entonces, nuestra intensa amistad, alimentada por el afecto y la confianza recíprocos, y las progresivas afinidades políticas. Dos temas centrales nos unieron al comienzo: la lucha por la democracia en la Argentina y la defensa de los derechos humanos, luego de las atrocidades cometidas por la dictadura militar de 1976. Más adelante, en sendas discusiones, logramos revisar nuestra concepción de democracia, aquella que la catalogaba exclusivamente como formal y burguesa. La propia experiencia de la historia política argentina, sumada a la de otros países, del Este y del Oeste, a nuevas lecturas, a la relectura de los clásicos del marxismo, sin una impronta militante, nos condujo a rechazar las tentaciones del partido único, a reivindicar la libertad política, la igualdad social, la tolerancia, la disidencia, el pluralismo, y la sucesión pacífica y competitiva del poder.

Recuerdo, al pasar, algunos libros que contribuyeron a la revisión de mi dogmatismo y de una lectura sesgada del marxismo, propia de la militancia política de

izquierda, que provocaron una apertura mental. *Il Manifesto. Tesis de una disidencia comunista*, de Rossana Rossanda (a cargo de la presentación), publicado en español en 1973. Los textos que se podían conseguir, traducidos al español o al francés, de un «marxista olvidado» (la expresión le pertenece a Michel Löwy), censurado por la burocracia comunista: Antonio Gramsci. En la Argentina, el pionero de esas traducciones para el mundo hispanoamericano había sido Pancho Aricó. Fueron también lecturas obligadas las obras del marxista estructuralista Nicos Poulantzas, y desde otra perspectiva del marxismo, las de Perry Anderson, autor, entre tantas obras, de *Sur Gramsci*, versión francesa de 1978. Igualmente el libro de Agnes Heller y Ferenc Feher, *Marxismo et démocratie. Au-delà du «socialismo réel»*, de 1981. Una obra de gran impacto en el universo de la izquierda fue el libro de André Gorz, *Adieux au prolétariat*, de 1980, que nos introdujo en un gran debate con Ricardo. Mi lamento intelectual por haber arribado tardíamente a la producción de Claude Lefort, Cornelius Castoriadis y Raymond Aron. Ricardo leyó otras cosas, sobre el mundo del trabajo, por ejemplo, la obra de Edward Thompson, mientras continuaba con sus estudios universitarios en la carrera de historia.

Estas y otras lecturas, que estimularon nuestras revisiones, fueron los gérmenes que nos llevaron a una discusión central: acerca de la constitución de un «sujeto predeterminado», el proletariado, que ya no aparecía como el sujeto histórico de la revolución, representado por un partido único. Las experiencias de dominación totalitaria estaban a la vista tanto en la Unión Soviética como en China (aun cuando en este país el sujeto de la revolución había sido el campesinado). Este debate, de ningún modo pretencioso, nos hizo comprender que era imposible la vía al socialismo sin instituciones democráticas. Tal vez este recorrido acentuó el estudio de Ricardo por la historia del movimiento obrero, antes que seguir pensando en la creación de un partido proletario. ¿De qué nos despedíamos? De un tipo de utopía que había derivado en regímenes totalitarios, y de otro tipo de utopía que pensaba que el partido revolucionario, aun cuando alegaba su vinculación orgánica con las masas, se pensaba como partido único, como una maquinaria con poderosas tecnologías de poder, ignorando la complejidad de las sociedades contemporáneas, su estructura pluralista y contestataria, que requería de instituciones democráticas para procesar los conflictos y transmitir el poder. Nos despedíamos, en fin, de una izquierda dogmática y sectaria incapaz de dialogar con otras corrientes de pensamiento de izquierda.

El exilio fue también una posibilidad para nosotros; ambos pudimos seguir estudiando. Creo que en París nace una vocación académica muy fuerte en Ri-

cardo; su incansable trabajo de archivo sobre la historia del movimiento obrero que realizó en la biblioteca de Ámsterdam, y su doctorado en Historia de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales.

El exilio nos encontró también unidos en la organización y participación de diferentes grupos de exiliados, que a la distancia y de diferentes maneras, resistíamos a la dictadura militar. Pienso, entre otros, en el Grupo por la Democracia y la Libertad en la Argentina, constituido, además de los parisinos, por exiliados argentinos residentes en otros países de Europa. Otro, de corta duración y sin ninguna proyección, fue el de los activistas y militantes obreros en el exilio, que tuvo su reunión cumbre en Milano, auspiciada por las tres centrales sindicales de Italia. Allí pude comprobar, una vez más, sus dotes de orador y polemista, siempre de pie, al final de sala, con el cigarrillo en la mano, y con una buena dosis de adrenalina que lo mantenía en constante movimiento.

Cuando promediaba el exilio, participamos de la «cena de los jueves», convocada por Hipólito Solari Irigoyen, libre y abierta, que se transformó en un ámbito placentero de reunión y encuentro de comensales argentinos, con invitados especiales, muchos de los cuales eran dirigentes políticos, intelectuales, o militantes de los derechos humanos, que vivían en la Argentina. Desde luego, los ejes centrales de esas conversaciones eran el fin de la dictadura y la transición a la democracia.

Antes de pasar a la tercera etapa, la del regreso, me interesa resaltar dos cuestiones primordiales. La primera, fue una discusión prolongada en el tiempo sobre qué hacer con nuestro pasado, cuando la idea de revolución había fracasado. ¿Cuál era el sentido de nuestra identidad? Ricardo se mostraba muy renuente a abandonar su rol de militante político (aunque en los hechos ya se había producido) y de asumir un rol de intelectual con proyección pública. La palabra «intelectual» en ese momento no le satisfacía mucho, sin embargo, más tarde, en la Argentina, se asumiría como un intelectual del socialismo democrático. La segunda, la guerra de Malvinas nos encontró juntos, en notable minoría, con las mismas posiciones. Nos pronunciamos a favor de la paz, y en contra de una guerra iniciada por la dictadura criminal con el único objetivo de recomponer ante la sociedad su resquebrajado orden autoritario.

De regreso a casa, con la renacida democracia, pudimos observar los cambios producidos, lo que habíamos sido, lo que éramos y lo que podíamos ser. Desde el punto de vista político Ricardo fue un admirador de Raúl Alfonsín, entre otras cosas, por el juicio a las Juntas Militares. Sabíamos que con ello no sólo se juzga-

ba a los genocidas, sino que se sentaba en el banquillo de los acusados, ante un tribunal civil de la democracia, a los actores políticos que durante cincuenta años habían dominado, de una manera u otra, la política argentina, entre 1930 y 1983. El exilio nos privó de la posibilidad de votar por Raúl Alfonsín, que se enfrentaba a un adversario con amplias posibilidades de triunfo, como Ítalo Luder, quien había declarado que no derogaría la «ley de autoamnistía», salvoconducto dictado por los militares en retirada. Esa posición implicaba la renuncia a juzgar a la dictadura militar por las atrocidades cometidas. A esta altura, no se puede saber el cauce que hubiera tomado la flagrante violación de los derechos humanos, si el candidato Luder hubiera triunfado en las elecciones de octubre de 1983.

Junto a otros compañeros de distintos orígenes políticos, creamos el Club de Cultura Socialista de Rosario, de corta vida, pero que dejó una marca perdurable. Fue durante un tiempo un lugar de reencuentro y de convite para discutir la transición democrática, pluralista y abierto, con el fin de ir asumiendo más lúcidamente el futuro individual y colectivo.

En este largo viaje, el rol de Ricardo como profesor, hasta el final de su vida, es algo que todos recordaremos con cariño y admiración. Su preocupación e interés por la formación de recursos humanos, equipos de trabajo y de investigación es destacable, en una época en que la universidad pública retomaba la dinámica y jerarquía que había perdido acosada por la dictadura, sobre todo en el campo de las ciencias sociales y humanísticas. Su actitud generosa con sus amigos, colegas y estudiantes. Su biblioteca estaba a disposición de todos, así como también el tiempo que le dedicaba a los asuntos que trataba con cada uno de interlocutores. Su capacidad de escucha era ilimitada. Siempre interesado por los temas académicos, pero apasionado por la política.

Los diálogos en los bares se hicieron famosos. Esos ámbitos sociales se convirtieron en una institución, en un lugar de trabajo y de amistad. Siempre abierto al debate libre y fecundo, con la izquierda, en sus diferentes versiones, con el radicalismo, el peronismo, el anarquismo. Por eso, en la presentación de su libro *La Barcelona Argentina*, del año 2005, Ricardo pudo lograr reunir una plural confluencia de disímiles pensamientos políticos.

Se jactaba de ser un promotor, junto a Pancho Aricó, de la unidad del socialismo en la Argentina. Se afilió al Partido Socialista Democrático, sin la intención de ser un político práctico. No se imaginaba el socialismo sin la estrecha combinación de los principios de libertad política e igualdad social.

Tenía tanta capacidad y facilidad para construir como para desarmar empresas intelectuales. Algunas perduraron. Fue fundador de centros de estudios, y de revistas, entre ellas mencionamos *Estudios Sociales* y la revista del CIESAL. Asimismo, fue director de la revista *Temas y Debates* de la Facultad de Ciencia Política y RRII de la Universidad Nacional de Rosario.

Ricardo fue un intelectual de la causa socialista, un estudioso del mundo del trabajo, un demócrata convencido no resignado. Por todo ello, y por tantas cosas más, se nos aparece cotidianamente. Polémico, competitivo, querible, inteligente, provocador. Su recuerdo es presente. ✎

EL ASOCIACIONISMO OBRERO Y LAS SOMBRAS DEL MIEDO

CÉSAR TCACH

Universidad Nacional de Córdoba / CONICET

En 1996, Ricardo Falcón dio a conocer a los lectores argentinos uno de los hijos más fecundos de su exilio parisino. Un trabajo que tenía precisamente que ver con la dimensión más vital de su compromiso intelectual con la clase obrera de los años sesenta y setenta. Se trata del texto, *La resistencia obrera a la dictadura militar (una reescritura de un texto contemporáneo a los acontecimientos)*, incluido en el libro *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*, coordinado por Hugo Quiroga y el autor de esta nota. Esa investigación, publicada originariamente en Holanda, en 1982, elaborada en base a fuentes legales y de organizaciones opositoras a las que podía tener acceso, fue reescrita por Falcón en la convicción de las ventajas que los años suministran a la perspectiva histórica.

En esa obra seminal, Ricardo Falcón analizó 291 conflictos laborales que se sucedieron entre el 24 de marzo de 1976 y octubre de 1981. Constató de manera fehaciente que la mayoría de esos conflictos se produjeron en fábricas o empresas que contaban con más de 100 operarios y puso de relieve el inusitado protagonismo –en un contexto de implacable represión– de comisiones internas y «delegados provisorios». La ausencia de «paritarias» y la neutralización de la estructura sindical nacional tuvo como paradójico resultado la traslación de la discusión salarial a los ámbitos de trabajo. Reivindicaciones defensivas, por cierto, que con su bisturí historiográfico discriminó en: 61,5% de reclamos salariales, 12,6% de demandas por mejores condiciones de trabajo, 11% vinculadas a la defensa del empleo, 7,4% en defensa de la organización sindical, 2,8% contra las represalias patronales, 2,5% contra la represión estatal y 2,2% vinculado a protestas por el comedor de las plantas de trabajo.

Falcón cuantifica y cualifica. Demuestra que la mayoría de los conflictos tuvieron lugar en los que habían sido los sectores más dinámicos de la industria argentina, afectados por el abandono del modelo industrializador abrazado en los años treinta. En este sentido, su escritura concisa e intensa remite a la resistencia obrera en sus

más diversas expresiones: a la impulsada por la comisión interna de los obreros de la fábrica Mercedes Benz, que en 1977 se manifestaron en contra del secuestro de seis de sus compañeros y llegaron a elevar al general Videla, un petitorio firmado masivamente por los trabajadores de la planta; a la huelgas de Thompson Ranco (1978), y de CIVE en Córdoba, donde se vieron «soldados corriendo huelguistas entre las máquinas»; a los reajustes automáticos de salarios que consiguieron los trabajadores de Peugeot para defenderse de la inflación, a los petitorios obreros en la Ford del gran Buenos Aires. Devela también la importancia que fuera del ámbito industrial tuvieron los conflictos protagonizados por los empleados bancarios. De esa miríada de luchas, fragmentarias, dispersas, a veces concurrentes, demuestra que la mayoría de los conflictos –a los que caracterizaba de «defensivos»– tuvieron lugar en el sector privado de la economía argentina.

Falcón se negaba a evaluar los resultados de aquellas luchas en los términos –tan clásicos como simplificadores– de triunfos o derrotas. Advertía que si bien en la mayor parte de los casos las demandas eran parcial o totalmente satisfechas, esas concesiones arrancadas por los trabajadores iban acompañadas de los despidos de los activistas.

Inteligente en advertir los grises, esta obra pionera de Falcón, que hoy deseo comentar al frío de su ausencia, es menos un fresco heroico de la resistencia obrera que una descripción sutil, rigurosa y altamente profesionalizada desde el punto de vista historiográfico, del asociacionismo de base y el quehacer reivindicativo bajo las sombras del miedo. Encierra entonces también, un valor pedagógico para las jóvenes generaciones de historiadores. ✎

LEER A RICARDO FALCÓN

HILDA SABATO

Universidad de Buenos Aires / CONICET

La figura de Ricardo Falcón despierta, para quienes tuvimos el privilegio de conocerlo, recuerdos entrañables de calidez personal, generosidad y rigor intelectual, compromiso político. Pero, además de la memoria de un amigo, quisiera evocar aquí su legado como historiador, que por cierto trasciende en mucho el círculo de amistades y colegas cercanos. Y para hacerlo, voy a elegir un texto que, de todas las que componen su creativa y sólida obra, me impactó de manera singular. Me refiero al artículo «Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)», publicado en el *Anuario* N° 12 de la Escuela de Historia de la Facultad de Humanidades y Artes de la Universidad Nacional de Rosario en el año 1987. Este texto condensa muy bien la riqueza de la perspectiva de Falcón y su capacidad para definir, abordar e interpretar un problema complejo.

Ricardo Falcón fue un innovador de la historia obrera en la Argentina. Ese campo, que había estado profundamente marcado por las producciones de militantes de diferentes grupos políticos que buscaron construir sus propias historias (o más bien memorias), comenzó a cambiar a partir de la segunda mitad de la década del 70. Por esos años, y a pesar de las duras condiciones impuestas por la dictadura militar que llevaron a muchos argentinos al exilio interno y externo, algunos historiadores se volcaron a la historia social, que tenía antecedentes ilustres en el país, pero que encontraría entonces un rumbo nuevo. A ese incipiente grupo perteneció Ricardo Falcón, y también otro recordado amigo con quien él mantenía un diálogo apasionado, Leandro Gutiérrez. El libro pionero de Ricardo sobre los orígenes del movimiento obrero representa muy bien esa nueva orientación, que cambió radicalmente la perspectiva de análisis para iluminar aspectos del mundo del trabajo hasta entonces inexplorados¹.

¹ Ricardo Falcón: *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires, CEAL, 1984.

Algún tiempo más tarde, se publica «Izquierdas...», que tiene un foco algo diferente pues ofrece una interpretación poderosa y original sobre los desafíos que el tránsito del siglo XIX al XX trajo a las principales corrientes de la izquierda argentina, las que tenían una inserción clave en el movimiento obrero pero a su vez lo excedían. No pretendo hacer aquí una síntesis de ese texto, en el que se abordan diversos temas y se despliegan varios niveles de análisis, sino apenas mencionar los aspectos que hicieron de él, en su momento, un texto precursor y que le aseguran una continuada vigencia.

En primer lugar, la pregunta guía que subtiende este trabajo refiere a cómo actúan «las izquierdas» (usa explícitamente el plural) frente a lo que identifica como las tres cuestiones que ocuparon un lugar central en el debate público, la agenda cultural, las disputas políticas y la preocupación estatal entre 1890 y 1912: la cuestión social, la cuestión nacional y la cuestión política. Se trata de un interrogante que, desde el punto de vista historiográfico, puso en diálogo la producción existente sobre esas cuestiones (individual o conjuntamente) y la que se ocupaba de la izquierda —representada fundamentalmente por los trabajos referidos al anarquismo, al socialismo y al sindicalismo revolucionario. Además, la pregunta llevó al autor a integrar en un escenario único a actores y problemas que en general se habían estudiado aisladamente. Le permitió, asimismo, establecer articulaciones entre los problemas que ocupaban el centro de la vida política del período y los discursos y acciones de las izquierdas. Y finalmente, le abrió el camino para interpretar los éxitos y fracasos relativos de sus diferentes grupos ya no exclusivamente en función de sus aciertos o errores en la lucha específica que unos y otros llevaban adelante en el plano partidario o del movimiento obrero, sino en relación con las cuestiones más generales que impregnaban el clima político y cultural de la época.

Un segundo aspecto clave fue la introducción de la categoría de «las izquierdas», para englobar a «un conjunto de movimientos políticos expositores de ideologías que globalmente podríamos denominar de *contestación social* o si se quiere *anticapitalistas*». Usa el plural, dice, para «subrayar —a pesar de los elementos comunes— la presencia de movimientos autónomos que presentan entre ellos importantes aspectos diferenciadores» (p. 366). De esta manera, Falcón por un lado construye un colectivo, pero por el otro marca su heterogeneidad. Al mismo tiempo, da a esa fuerza autonomía analítica con respecto al movimiento obrero; esto es, no reduce la exploración de los grupos políticos a sus actuaciones en el seno de ese movimiento, por más importantes que éstas resultaran en cada caso.

Finalmente, el análisis desemboca en una interpretación novedosa del porqué del éxito relativo del anarquismo en ese período y de los límites que encontró a partir de 1910. Hasta entonces, las explicaciones predominantes para dar cuenta de ese fenómeno giraban en torno a dos argumentos centrales: la importación de la tradición anarquista de mano de los inmigrantes y el presunto carácter pre-capitalista de la estructura productiva argentina con mayoría de trabajadores artesanales y semi-artesanales proclives al anarquismo. Estas miradas acotadas son reemplazadas aquí por una propuesta que articula diferentes planos de análisis –social, político, cultural– e integra la indagación sobre el anarquismo y otras fuerzas de izquierda en el panorama más amplio de la política argentina del período. Además, en esta perspectiva, los actores sociales populares adquieren densidad, al ser entendidos en sus diversas facetas, como trabajadores pero también como inmigrantes de variados orígenes y como consumidores, con identidades múltiples y cambiantes. Y por lo tanto, sus opciones y orientaciones políticas son la resultante de una combinación de factores que requieren una exploración específica en cada momento y lugar. Es esa exploración la que lleva a Falcón a ofrecer, al final del camino, una explicación original, compleja y convincente de los ascensos y las caídas, los triunfos y los fracasos, de los diferentes grupos que componían las izquierdas en los albores del siglo XX.

En el momento de su publicación, este artículo tuvo un fuerte impacto en los estudios sobre la izquierda y el movimiento obrero pero también, en términos más generales, sobre la historia política y social de la Argentina del cambio de siglo. Hoy, sus principales hipótesis han sido incorporadas al saber colectivo y forman parte del consenso historiográfico del campo, aunque a veces se olvide de dónde provienen. Por eso, y porque volver al texto en toda su riqueza vale la pena, invito a leer y releer este trabajo fundamental de Ricardo Falcón. ✎

UNA NUEVA PERSPECTIVA PARA LOS ESTUDIOS DE LOS TRABAJADORES ARGENTINOS

JUAN SURIANO

Universidad Nacional de General San Martín

No me gustaría caer en el lugar común del elogio fácil que transitan habitualmente los obituarios porque Ricardo Falcón era una persona, como muchos, con una gran cantidad de defectos y contradicciones, pero también con innumerables virtudes. Como las primeras pertenecen al campo de su vida privada me voy a detener en lo que considero sus aportes en el campo de la historiografía a partir de recrear el vínculo que nos unió intelectual e historiográficamente.

Fuimos colegas y amigos. Nos conocimos en un encuentro de historia urbana realizada en el Cabildo de la ciudad de Buenos Aires hacia 1985-86, poco después de que se restaurara la democracia. A partir de ese momento comenzamos a mantener un fecundo y prolongado diálogo sobre temas comunes, que se consolidó en las primeras Jornadas Interescuelas de Historia organizadas por la Universidad de La Plata (1988) y más específicamente desde la conformación del Grupo de Estudio de los Sectores Populares y el Movimiento Obrero que nucleaba a la mayoría de los estudiosos locales del mundo del trabajo. Ambos integramos el Pict «La cuestión social en Argentina en la primera mitad del siglo XX» entre los años 1998 y 2000. En esa época participó en el proyecto de la Nueva Historia de la Argentina que publicamos en la editorial Sudamericana dirigiendo el tomo VI *Democracia, conflictividad social y renovación de ideas* (2000). Nuestra última colaboración se realizó durante el congreso de americanistas realizado en Varsovia a mediados del año 2000 en donde organizamos un simposio sobre políticas sociales.

Hemos compartido el interés por la historia del mundo del trabajo en muchos de sus sentidos: las condiciones de existencia material de los trabajadores, su organización y sus influencias políticas e ideológicas, así como también nos interesaron las políticas laborales del Estado y la relación de este con el movimiento obrero. Pero no se trataba sólo de compartir temas de interés común sino también tendencias historiográficas, aunque estas constataciones derivan de mis charlas con él pues en sus libros no hay casi referencias historiográficas. Compartimos las,

para entonces, novedosas formas de acercarse a la historia obrera de autores como Edward P. Thompson o Eric Hobsbawm así como del grupo marxista británico nucleado en torno al *History Workshop*. Nos seducía en primer lugar la idea de evitar las historias del movimiento obrero que fueran simplemente una narración cronológica de las huelgas y los congresos obreros; también las redefiniciones del concepto de clase, cuestión que nos permitió pensar no tanto en el movimiento obrero organizado sino en el conjunto más amplio de los trabajadores y analizar cuestiones como las experiencias en las fábricas y lugares de trabajo, las condiciones de existencia material así como aspectos sustantivos de la vida cotidiana. Y en este último sentido compartimos también una mirada pesimista sobre las condiciones de vida de los trabajadores de comienzos del siglo XX, en concordancia con la postura sustentada por los historiadores marxistas británicos frente a los «resultados humanos» de la Revolución Industrial.

La trayectoria profesional de Ricardo estuvo signada por dos acontecimientos dramáticos que incidirían de manera desigual en su producción. El primero se relaciona con su exilio parisino huyendo de la dictadura argentina y cuyo resultado, en el aspecto profesional, fue altamente positivo y fecundo pues fue allí en donde se terminó de definir por el estudio del mundo del trabajo. Allí realizó su doctorado, delineó su futuro académico y se convirtió en el buen historiador que fue. El segundo acontecimiento fue muy desgraciado y está vinculado a los serios problemas de salud que lo aquejaron durante la última década que perturbaron seriamente su producción y su sociabilidad profesional.

No me caben dudas que Ricardo nos legó aportes e ideas muy valiosos para quienes hemos persistido en estudiar el mundo del trabajo. Ya en sus primeras aproximaciones durante su estancia en París, junto a Robert Paris, intuyó la importancia de reconstruir las biografías obreras de militantes gremiales para escribir la historia de los trabajadores argentinos. A partir de los datos recolectados en el Instituto de Historia Social de Ámsterdam y la Biblioteca de Documentación Internacional de Nanterre, fue el primero de nosotros en armar pacientemente una importante cantidad de valiosos perfiles de militantes obreros que, varios colegas, hemos usufructuado una y otra vez. Sin duda su trabajo fue un valioso antecedente del diccionario biográfico de la izquierda publicado recientemente por Horacio Tarcus¹.

¹ Horacio Tarcus (director), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2007.

En 1984 publicó *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)* (Buenos Aires, CEAL). Además de ser uno de los primeros, fue uno de los escasos investigadores que incursionaron en los años formativos del movimiento obrero argentino, centrándose no sólo en la organización local sino en los lazos que se establecieron entre Europa y Argentina. Se trata de un trabajo de estructura clásica, sumamente erudito en el cual van apareciendo en Buenos Aires los activistas y militantes europeos de las diversas corrientes ideológicas que huían de la persecución policial. A partir de allí se analiza la influencia de la Primera Internacional en el ámbito local, la aparición de los primeros grupos anarquistas y socialistas, las innumerables publicaciones que aparecieron, muchas de ellas efímeras, y circularon en el país estableciendo, junto las sociedades mutuales y gremiales una compleja y densa red de instituciones representativas de los trabajadores que conformarían un importante movimiento asociativo de carácter cosmopolita.

Dos años más tarde publicó *El mundo del trabajo urbano, 1890-1914* (Buenos Aires, CEAL). En este trabajo, si bien no se abandona la preocupación sobre la construcción política e ideológica del movimiento obrero que es abordada en el capítulo IV, avanza fundamentalmente sobre el análisis de las condiciones de vida y de trabajo de los obreros urbanos, dedicándole un capítulo al trabajo femenino e infantil. Su investigación se inspiró en el debate historiográfico sobre los niveles de vida de los trabajadores durante la revolución industrial en Gran Bretaña. Aunque, como era común en sus textos, no menciona específicamente a ninguno de los autores siguientes, es indudable que retoma y profundiza aquí las principales formulaciones del trabajo pionero de José Panettieri y dialoga tanto con mi trabajo sobre la huelga de inquilinos de 1907 como con otro de los artículos fundacionales escrito poco antes por Leandro Gutiérrez sobre las condiciones de existencia material de los trabajadores porteños².

En 1986-87 publica en el *Anuario* de Rosario (N° 12) su trabajo, a mi criterio, más interesante y que me cansé de citar en distintos trabajos y tenerlo como lectura obligatoria en mis cursos y seminarios sobre el tema. Me refiero a «Izquierdas, régimen político, cuestión étnica y cuestión social en Argentina (1890-1912)» en donde se plantea breve pero lúcidamente los problemas centrales que vinculan

² Leandro Gutiérrez, «Condiciones de la vida material de los sectores populares en Buenos Aires», en: *Revista de Indias*, Madrid, enero-junio de 1981; José Panettieri, *Los trabajadores*, Buenos Aires, Jorge Álvarez, 1967; Juan Suriano, *La huelga de inquilinos 1907*, Buenos Aires, CEAL, 1983.

conflictivamente a los trabajadores con el Estado y la sociedad de la época. Esos campos problemáticos remiten a la aparición en la sociedad argentina de cuestiones casi desconocidas pocas décadas antes: en principio, la formación de un campo de izquierdas (formado por anarquistas y socialistas) que enunciará y pondrá en locución las demandas de los trabajadores; la cuestión étnica como consecuencia de la inmigración masiva que cruzaba toda la sociedad y en particular el mundo del trabajo; los límites de un régimen político restrictivo que dejaba fuera a la gran mayoría de los trabajadores; por último y casi como una consecuencia de todo esto, la emergencia de la cuestión social que implicaría la aparición del conflicto social abierto y las primeras intervenciones del Estado en materia de legislación laboral.

Están también sus contribuciones (junto a sus colaboradores y colegas de la Universidad Nacional de Rosario) sobre la historia de los trabajadores de la ciudad de Rosario. Tempranamente destacó la necesidad de no centrarse exclusivamente en el caso de Buenos Aires e impulsar el estudio y la investigación del mundo del trabajo en Rosario, así como en otras ciudades del interior del país, para poder efectuar un mapa más completo del mundo del trabajo a nivel nacional.

Pero el último trabajo que me interesa mencionar pues es un aporte interesante pero escasamente utilizado por los colegas es el artículo «Políticas laborales y la relación Estado sindicatos en el gobierno de Hipólito Yrigoyen» publicado en la revista *Estudios Sociales* en el año 2000, (también en *Cuadernos del Ciesal*.) En dicho artículo analiza las políticas laborales del presidente Hipólito Yrigoyen marcando con claridad las continuidades y las rupturas con el régimen conservador que lo precediera en la gestión. Se aleja de las hipótesis de David Rock al plantear que aquellas políticas laborales favorables a los obreros no se relacionaban exclusivamente con el interés electoral (un interés legítimo según Falcón) y basa su opinión, siguiendo a Ángel Roig, en la posible influencia del pensamiento krausista que le habría permitido a Yrigoyen establecer una visión en la cual existía un nexo entre trabajadores, pueblo y nación, incluyendo de esta manera a los trabajadores en el bloque popular que representaba a la «causa» de la nación y tenía por enemigo al «régimen» conservador. De esta manera las intervenciones favorables a los trabajadores se habrían relacionado a una difusa idea de justicia social más que a un mero interés electoral.

Aunque a veces, como en el último caso, sus hipótesis hubieran merecido un desarrollo más profundo y más documentado, no me caben dudas que Ricardo Falcón fue uno de los historiadores argentinos del mundo del trabajo más perspicaces y sus aportes e ideas trascenderán su desaparición. ✎

CUANDO UN AMIGO SE VA

MIRTA ZAIDA LOBATO

Universidad de Buenos Aires

Cuando un amigo se va,
se queda un árbol caído
que ya no vuelve a brotar
porque el viento lo ha vencido

Alberto Cortez

Escribir sobre Ricardo Falcón no resulta fácil. Lo conocí poco y mucho al mismo tiempo y nuestra relación de amistad académica y personal se desarrolló en los tiempos relativamente fértiles de la vida intelectual post dictatorial. Lo conocí antes de leerlo, aunque para esa época él ya había publicado *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)* [1984] y *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)* [1986], dos textos que recogen sus ideas e investigaciones para su tesis doctoral, y que son de lectura obligatoria cuando se trata de analizar la complejidad de la conformación del mundo del trabajo y del movimiento obrero. Nunca hablamos sobre los motivos por los que había elegido a Madeleine Rebérioux como directora, aunque imagino que compartían el interés por la difusión de las ideas socialistas. Rebérioux había estudiado al socialismo francés, en particular la figura de Jean Jaurés, y la Segunda Internacional, y su práctica historiográfica estaba estrechamente unida a la política. Me parece importante destacar que en la segunda mitad del siglo XX, un grupo de historiadoras francesas como Michelle Perrot, Rolande Treppe, Madeleine Rebérioux y Annie Kriegel impulsaron no sólo las carreras profesionales de las mujeres historiadoras sino también la historia de las mujeres, de movimientos políticos como el comunismo, así como aunaban la historia social y la historia cultural, un camino que a veces transitaba Ricardo. Los feminismos y los estudios de género se convirtieron en un desafío para los historiadores, aunque a muchos les costaba y les cuesta reconocerlo.

Con él compartíamos el común interés por estudiar la configuración de las clases sociales, concentrándonos en los trabajadores, aunque a mí me parecía que las diferencias de género eran relevantes en ese proceso. El venía de Francia donde había encontrado refugio intelectual en la École des Hautes Études en Sciences

Sociales de París. Allí sus diálogos reconocidos se entablaban con Alberto Belloni y Bernardo Gallitelli y viajaba frecuentemente a Amsterdam, al Instituto de Historia Social, por entonces una de las visitas obligadas para encontrar documentos que faltaban en Buenos Aires. En la Argentina, además de sus vínculos con los y las historiadoras de la Universidad Nacional de Rosario, formó parte de una red nacional de estudiosos de los sectores populares y el movimiento obrero que unía a muchos de los interesados en esa temática. Una de las discusiones que más recuerdo es la que tuvimos en Villa Pehuenia, Neuquén, en 1999. Para esa fecha compartíamos con Enrique Mases, Agustina Prieto, Marcela Nari y Juan Suriano un grupo de discusión sobre la cuestión social en Argentina. También en esa época la historia social estaba arrinconada por los estudios de historia política y los emergentes de historia cultural. No se trataba de la experiencia de una generación sino de diferentes generaciones que confluían con su formación, experiencia e intereses en un terreno de debate compartido, pero no exento de conflictos, y en el que entre cafés, mates, asados y bebidas buscábamos acercarnos y reconocernos admitiendo nuestras diferencias.

El tema de la historia de las mujeres y de los géneros, la crítica a la historia de los «héroes revolucionarios» era mi punto de vista más identificable. No estoy diciendo que Ricardo la negara, pero expresaba en cierto modo las dificultades emanadas de su formación y de su práctica política e historiográfica. En Francia aunque él había sido dirigido por una mujer interesada en estas cuestiones primaba lo que Françoise Thébaud denominó un discurso historiográfico «legitimista» para afirmar la historia de las mujeres en el contexto intelectual y universitario parisino, caracterizado «por la utopía de la verdad universal y por un alto porcentaje de masculinidad en la élite de la profesión»¹. Aunque no logró escapar a esa configuración intelectual, en uno de sus libros, en el capítulo destinado a analizar al trabajo femenino e infantil, señalaba que pese a las particularidades que tienen «pueden ser abordados conjuntamente en función de las interconexiones que presentan»². Como José Panettieri en su clásico libro sobre los trabajadores en tiempo de la inmigración masiva, en tanto los documentos de época los presentaban conjuntamente, ellos —mujeres y

¹ Françoise Thébaud, «Escribir la historia de las mujeres y del género en Francia: nuevas aproximaciones, nuevos objetos», en: Gloria Franco Rubio y Ana Iriarte Goñi (eds.), *Nuevas rutas para Clío*, Barcelona, AEIHM e Icaria Editorial, 2009, p. 28.

² Ricardo Falcón, *El mundo del trabajo urbano (1890-1914)*, Buenos Aires, CEAL, 1986, p. 43.

niños— eran considerados como un solo problema por el historiador. Pero entre fines del siglo XIX y principios del XX las mujeres que ingresaban al trabajo industrial, a los servicios o las que desenvolvían sus labores asalariadas en el espacio del hogar se enfrentaban al peso que adquiría el mandato reproductivo, y a una situación de desventaja que se apoyaba en las nociones de organismo femenino, diferencia biológica y maternidad social. En este período se definió al trabajo femenino en función de su *domesticidad* y de la noción de mujer = cuerpo reproductivo, y ambos fueron un componente importante de la cultura del trabajo.

Además, como un rasgo distintivo de la producción de Falcón es/era la escasez de citas referidas a sus lecturas teóricas o metodológicas, ese sistema de referencias no constituye un camino para meternos en su biblioteca, por lo que resulta complejo identificar los soportes de su vida intelectual. De modo que se puede afirmar que aunque compartió las tensiones historiográficas que las historiadoras de las mujeres y las feministas francesas plantearon en el momento en que él transitaba por las calles, bibliotecas y aulas parisinas, que leía las publicaciones como *Le mouvement social*, donde se publicaban algunos de estos temas y problemas, ese modo de pensar y escribir el pasado no influyó de manera decisiva en sus modos de hacer historia, y allí estaba el foco de nuestras conversaciones y debates.

Sin embargo los aportes realizados por Ricardo fueron realmente provocadores e inspiradores. Su análisis de la cuestión social, la cuestión nacional y la cuestión política como un núcleo fuertemente entrelazado del debate de ideas políticas y sociales a principios del siglo XX tiene vigencia historiográfica. La atención prestada al mutualismo y a la difusión de las nociones de solidaridad, a partir de la segunda mitad de la década de 1850, nos advierte sobre la importancia del tema, toda vez que el estudio de las sociedades de socorros mutuos todavía está cubierto de polvo y por lo tanto, aunque han aparecido algunos trabajos, reclaman ser re-incorporadas tanto al análisis de la difusión de las ideas sociales y de la conformación de la cuestión social, como a la construcción del andamiaje de las políticas sociales. La cuestión nacional pero sobre todo la dimensión de la raza, los negros del Río de la Plata, tiene un lugar en *Los orígenes del movimiento obrero*. Allí está la mirada atenta sobre los trabajadores de Buenos Aires y la identificación de la existencia de un número importante de trabajadores manuales negros, con sus asociaciones y su prensa, así como de mestizos e indios en la agricultura y en las «industrias artesanales» del interior del país. Un campo y un espacio para el debate aún abierto a nuevas investigaciones.

Cuando realizo mis trabajos de investigación y cuando selecciono las lecturas para los estudiantes de mis cursos siempre tengo en mis manos un libro o un artículo de Ricardo. Pero en este número en su memoria organizado por la revista *Estudios Sociales* quiero recordarlo además como un amigo con el que podíamos compartir los goces y las penas de la vida. ✿

**RICARDO FALCÓN,
HISTORIADOR DEL MOVIMIENTO OBRERO**

FERNANDO DEVOTO

Universidad de Buenos Aires

Recibimos un mail que informa la muerte de un colega apreciado; apreciado como colega y como persona. Sentimos a la vez sorpresa y consternación. Descubrimos además entonces (o lo descubrimos luego, cuando nos piden una páginas en su recuerdo) lo poco que sabíamos de él. No ya lo que sabíamos de Ricardo Falcón como historiador, de sus escritos o de esa serie de hechos episódicos que jalonan el territorio académico (eventos, conferencias, congresos) sino de él como persona (y cualquier persona es mucho más que un conjunto de escritos o de acontecimientos profesionales). Descubrimos hasta qué punto los reiterados encuentros a lo largo de décadas estaban poblados de reflexiones sobre la historia, los historiadores o la política y no de otras sobre nosotros mismos. No recuerdo bien siquiera cuándo nos conocimos. En mi memoria ocurrió en los primeros años del retorno democrático, tal vez en unas jornadas del IDES, en la suya ello había ocurrido antes, en los turbulentos primeros años sesenta. No le desmentí nunca su versión ya que quizá (;por qué no?) fuera cierta o, al menos, verosímil. En ese caso, hubiera sido en aquellos años en el que, luego de abandonar su Rosario natal, recaló en Buenos Aires. Eduardo Hourcade me ha contado que en sus primeros años en la ciudad puerto trabajó en el diario *La Prensa* como cronista deportivo de los partidos de fútbol de Primera C. El periodismo deportivo, un buen lugar para comenzar: obliga a ser, a la vez, escueto y concreto. En cualquier caso, estaba aquella persona exterior con la que interactuábamos y de la que construíamos una imagen que nos parecía suficiente. Y esa imagen era la de una figura con rasgos algo antiguos en su vestimenta y señoriales en sus gestos (a los que se agregaba, por usar una expresión tanguera conocida, su «voz gangosa»). Era la imagen también de una personalidad carismática (y de ello dejan suficiente testimonio la amistad e incluso devoción que le prodigaron tantos de sus amigos y discípulos), buen polemista, argumentativo, franco y sin vueltas. Siempre pensé que la historiografía le había quedado chica y que hubiera podido desarrollar sus talentos en espacios más vastos que

los académicos. Mirada su figura en conjunto ella se recortaba en su singularidad atípica en el cuadro de los menos diferenciados cultores de Clío.

Como tantos otros historiadores de su generación, llegó a la historia desde la política y lo hizo a través de esos itinerarios imprevistos a los que la cruel Argentina de los años setenta obligaba en tantos casos. Terminó haciendo sus estudios de grado y posgrado en París, en la Universidad de París VII, primero, en la EHESS, después, y a esa formación francesa debió mucho de su oficio de historiador. Su tema lo encontró pronto y era una prolongación natural de su militancia política: la primera clase obrera, y más allá de que luego emplease otros términos para designarla (trabajadores, sectores populares), aquel fue persistentemente su núcleo mayor de preocupaciones hasta el final. Influencia francesa, se ha dicho, y ello requiere algunas precisiones. No eran las ingeniosas invenciones de la llamada tercera generación de *Annales*, las que parecen haberlo atraído, sino aquel clima que podía percibirse en torno a la reconocida revista *Le mouvement social*. Aunque ésta, dirigida entonces por Madeleine Rebérioux (una historiadora influyente en Falcón como consejera informal de su tesis de doctorado), estuviese abierta a las novedades metodológicas de esos tiempos o de los de poco precedentes (de la historia serial labroussiana aplicada a los estudios obreros, a la lingüística y los análisis del discurso) no dejaba de conservar una fuerte relación con la tradición erudita y con los temas y modos de enfoque clásicos de la historia obrera. Era, por otra parte, una revista abierta, de manera bastante inusual para el mundo galo, a investigaciones sobre otras áreas no francesas y no europeas. Finalmente, era también una publicación en la que una fuerte tradición académica hacía de contrapeso y se balanceaba con los enfoques más militantes que no dejaban de estar presentes en ella.

En 1984 publicaba Ricardo Falcón un libro importante destinado a tener un significativo impacto en la historiografía argentina: *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*. No parece difícil colocar la obra en aquella tradición aludida y, al hacerlo, observar en cuán gran medida ella proponía una vía en muchos puntos alternativa a aquella otra que, procedente de los trabajos de E.P. Thompson y, en menor medida, de Herbert Gutman y David Montgomery, estaba sugiriendo un itinerario paralelo para la renovación de los estudios sobre el mundo de los trabajadores. Desde luego que las contraposiciones no deberían extremarse (baste señalar que Gutman y Montgomery fueron colaboradores ocasionales de *Le mouvement social*), sino señalar que las diferencias existían en muchos puntos y

que además en el caso de Falcón esa influencia francesa no era solamente la de sus lecturas sino la de una práctica profesional aprendida *in situ*.

El libro de Falcón se proponía ir más allá de la historiografía militante precedente, a la vez que superar, sin excluirlos, los enfoques políticos, ideológicos e individuales del movimiento obrero (o de figuras del mismo) para poder desarrollar plenamente un enfoque social. Éste, lo que en sus palabras llamaba «la conformación social histórica», implicaba una fuerte atención a las dimensiones económicas, demográficas y socio-ocupacionales, mucho mayor que en la tradición anglosajona antes aludida, en consonancia con una historia social a la francesa que era todavía una casi indivisible historia económico-social. De ello resultaba la amplia indagación que Falcón realiza de los censos argentinos y de otras series estadísticas como aquellas concernientes a las migraciones internacionales.

En relación con estas últimas, Falcón siempre prestó un interés relevante a su papel en la conformación del movimiento obrero argentino, y desde allí no dejó de reflexionar entonces y luego sobre las complejas relaciones entre etnia y clase que lo colocaron en una posición equilibrada y matizada en las discusiones que se sucederían sobre el argumento. Sobre el tema escribió un artículo de interés dos años después («Inmigración, cuestión étnica y movimiento obrero, 1870-1914») atento a los problemas conceptuales y a las ambigüedades de las relaciones entre inmigración y trabajo. En este punto, una cierta influencia pueden haberla tenido los trabajos que para el caso argentino dedicó otro colaborador de *Le mouvement social*, Guy Bourdè.

A aquella dimensión económico-social Falcón le agregó otra que recuperaba los itinerarios individuales de figuras destacadas de las primeras etapas de la historia de la cultura de izquierdas en Argentina, a través de la valorización de los ricos archivos existentes en el Instituto Internacional de Historia Social de Amsterdam que le permitieron iluminarla de un modo innovador. En este punto, emerge otro historiador importante en la formación de Falcón, el gran estudioso de la Segunda Internacional, Georges Haupt, que además ya había llamado la atención sobre las posibilidades que brindaba la indagación de esos movimientos, que hoy se llamarían transnacionales, en un artículo sobre el exilio de social demócratas alemanes en el Brasil. Nombres a los que habría que agregar todavía el de Robert Paris, su director formal de tesis y entonces uno de los promotores de un Diccionario Biográfico del Movimiento Obrero Latinoamericano.

La relectura del temprano libro de Falcón muestra las virtudes del muy buen

historiador que era con su preocupación por los matices, con su prudencia argumentativa (el texto está poblado de expresiones como «es muy probable», «pareciera que», «parece plausible», «parece aceptable la hipótesis», etc.), con su atención al dato duro (y en él a la tradición erudita, de la que por otra parte Rebérioux, por poner un ejemplo, fue siempre una firme defensora y baste para recordarlo su prefacio a la reedición de Langlois-Seignobos) y con su apertura a perspectivas comparativas con otros casos, en el contexto de una estrategia de «identificar la diferencia» o, si se prefiere, la singularidad del caso argentino. En este último sentido, operaba la importancia que le otorgaba a la migración en la conformación social argentina y, en un sentido más general, a aquella expectativa de movilidad social que combinada con la primera sustentaba algunas dimensiones de su lectura de la especificidad argentina. En sus trabajos posteriores no dejará de enfatizar esta perspectiva que no dudará entonces en llamar «aluvial» siguiendo en este y en otros puntos a José Luis Romero.

Ciertamente, todo ello y otras cosas por entonces también muy innovadoras (véase su tratamiento de la cuestión de los salarios) coexisten con expresiones y categorías que hoy juzgaríamos de época, cuya presencia, sin embargo, no ha hecho envejecer a un texto que, aunado al que al año siguiente dedicaría a los temas del mundo del trabajo (nuevamente en la exitosa colección que Oscar Troncoso dirigía en el CEAL), constituyen un importante cuadro de conjunto. Cuadro válido en sí, aunque a la vez pueda ser percibido como un amplio preámbulo que reúne en una rica variedad de temas y motivos los fundamentos de un gran fresco de época de toda aquella historia social de los trabajadores en el período anterior a la primera guerra mundial. Si alguien en su generación era capaz de hacerlo, por su talento, por su interés por lo real concreto y por su oficio de historiador, era Ricardo Falcón. Que no lo haya hecho no implica que aquellos dos libros no merezcan en sí una reedición en conjunto, anotada y crítica, y que bien podría ser el último esfuerzo de sus muchos discípulos.

Como se señaló, Falcón siguió cercano a los temas y al período de estudio de sus trabajos pioneros. De esa producción nada diremos aquí. Solamente nos detendremos brevemente en un nuevo libro que reunía buena parte de sus trabajos precedentes, *La Barcelona Argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario, 1870-1912*. El subtítulo mismo muestra la perdurabilidad de intereses y de los actores que le interesaban, veinte años después. Comparado con el libro inicial emerge una diferencia y una semejanza. La diferencia es que ahora su tema es Rosario, no

la Argentina (y ese ensimismamiento rosarino era además el de su vida misma que, en este punto, siguió un recorrido inverso al de tantos de sus colegas que fueron de lo local a lo internacional). La semejanza es que el caso rosarino es pensado en su especificidad. No es ya la especificidad del caso argentino en el contexto internacional sino la especificidad del caso rosarino en el contexto argentino, en una permanente comparación con Buenos Aires. Estrategia que no ha sido sólo la suya sino también la de muchos otros que trabajaron con él en Rosario y que tanto ha ayudado a hacer más compleja la historia argentina que es casi siempre un plural y casi nunca un singular.

Ciertamente el libro no tiene ni la fuerza ni el soporte erudito de sus primeros libros y reposa sobre investigaciones puntuales pero más aún integra muchos otros trabajos suyos precedentes y de sus discípulos. Ciertamente también, tiene páginas inteligentes como historiador inteligente que era, como las que dedica a aquellos temas requeridos por los nuevos tiempos como el disciplinamiento social (y una parte muy evocadora es aquella dedicada al carnaval y a los bailes populares) o los trabajadores y la política. Reaparece en el libro nuevamente la vis polémica mesurada que surcaba su primer libro, aunque ahora en una posición más a la defensiva y con una extensión mucho mayor, como en el caso de la significación de Ricardo Caballero y las especificidades de su movimiento político en el seno del radicalismo que cierra el libro. Sus argumentos son, en cualquier caso, siempre persuasivos y buscan en los pliegues del debate dejar un espacio al otro.

Con Ricardo Falcón se fue un historiador de otros tiempos, aquellos en que se buscaba brindar una interpretación del pasado en la certeza de que ella no era un simple juego del espíritu, por ingenioso que fuera, sino algo relevante en sí y para el debate cívico. Tiempos en que se creía en la posibilidad de conocer aunque fuese imperfectamente lo sucedido y que para ello era necesario trabajo, imaginación y buen sentido. Se fue también un temperamento y un estilo. Dimensiones todas que hemos de añorar en los apagados tiempos profesionales actuales. ✎

IR TRAS LAS HUELLAS....

MARTA BONAUDO

Universidad Nacional de Rosario

No resulta tarea fácil ni desde el punto de vista intelectual ni desde el punto de vista afectivo desandar el camino intentando retener, recuperar lo que fue el fruto de años de trabajo de un compañero de ruta... Por eso es que queriendo ir tras sus huellas me detuve en el último de sus trabajos mayores, *La Barcelona Argentina*. En ese libro Ricardo Falcón recrea su mirada sobre Rosario pero también sobre el universo de problemas que lo había atrapado desde muchos años atrás y nos brinda, desde mi perspectiva, un análisis complejo, maduro y de enorme potencialidad.

Al proponerme traer nuevamente a escena sus reflexiones e hipótesis no intento hacer un relato completo de la obra, ni volver a señalar, como lo hice en su presentación, los recorridos previos que, en un esfuerzo de síntesis, Ricardo recuperó en la misma.

Me voy a detener en cambio, más allá de las polémicas que tan gustosamente volvía a plantear, en lo que considero son sus principales aportes sobre una realidad que conocía en profundidad y con la que atrajo a lectores e investigadores a través de estudios verdaderamente pioneros para Rosario y, por ende, para la historia nacional especialmente ligada al mundo del trabajo y a la multiplicidad de actores que lo habitaban.

Desde esta perspectiva deseo señalar que si bien el texto contiene un siempre sugerente tratamiento teórico e histórico de la cuestión social o de la cuestión obrera –con las especificidades que podía encerrar la experiencia rosarina–, mi interés se orienta hacia lo que considero su inteligente acercamiento a esos trabajadores y sus prácticas al interior de un régimen oligárquico en crisis.

¿Por qué es esa tercera parte del texto la que atrae más mi atención? En primer lugar, porque si bien Ricardo Falcón había reflexionado en trabajos anteriores al respecto, estimo que en este capítulo logra un mejor y más amplio análisis del problema, sorteando incluso algunas perspectivas propias demasiado esquemáticas sobre dicho régimen.

Al colocar el punto de partida en 1890, centra el planteo en torno a lo que evalúa como los «dos acontecimientos constitutivos» de un nuevo orden político y social: «la Revolución del Parque y el primer acto conmemorativo del 1° de Mayo». Si el primero marca, desde su mirada, la expresión de la crisis del orden oligárquico, el segundo «simbólicamente» opera como «el acta fundacional del movimiento obrero argentino, sobre todo por la presencia conjunta de anarquistas y socialistas». Aunque hasta aquí no incorpora novedades al tratamiento de la cuestión política o social, ellas comenzarán a aparecer en primer lugar cuando redefine el momento de inflexión de las políticas de estado a partir de la huelga de la Refinería de Azúcar de 1901 en Rosario, a la que sucede la primera huelga general nacional de 1902. Desde ese momento no sólo describe el accionar de un Estado tensionado entre la represión y el reformismo, sino que comienza a afianzar sus argumentos para ratificar algunas miradas precedentes en torno a la caracterización de aquél. Al definirlo como un Estado Asistencial o Benefactor pero de «inspiración bismarkiana», va pautando su devenir y discutiendo no sólo las transformaciones sufridas por el mismo con el ascenso del radicalismo al poder central, sino también el fenómeno de ampliación de sus bases sociales en la escena santafesina y, por ende, rosarina a partir del primer gobierno radical (1912-1916).

Un segundo aporte significativo surge no bien intenta poner en diálogo las vertientes obreras —básicamente anarquistas— del espacio rosarino con las tres fuerzas políticas «modernas» emergentes de la crisis: el radicalismo, el laborismo y el socialismo. La puesta en diálogo va indicando bloqueos o puentes tendidos en virtud del debate en relación con problemas nodales: las características del vínculo entre partidos o movimientos y las organizaciones sindicales; el grado de integración o bloqueo de las demandas de los trabajadores al interior del discurso y las prácticas democráticas; los niveles de autonomía o heteronomía del movimiento obrero; la reafirmación de la unidad ideológica o las posibilidades abiertas al pluralismo.

En tercer lugar cabe destacar la riqueza con que va dibujando un fresco de la experiencia anarquista rosarina. Falcón va construyendo y deconstruyendo los tópicos centrales del debate y de sus confrontaciones internas: religión, ciencia, organización, política, patria, trabajo, conciencia, revolución social. El anarquismo es mirado en sí mismo pero también en claro paralelismo con el socialismo y, algunas veces, con ciertas vertientes del radicalismo. Para Ricardo Falcón como para Enrique Dickman Rosario es *la Barcelona argentina*. Como en la ciudad española,

el enclave del sur santafesino ve surgir en su seno uno de «...los dos *movimientos anarquistas urbanos*, más importantes, en términos relativos, en el mundo de la época, de acuerdo al peso específico de cada uno». Este movimiento que excede el mundo obrero, generando un fenómeno similar al bonaerense, puede desarrollarse proporcionalmente con mayor potencia que en la ciudad capital –desde la perspectiva del investigador–, en virtud de la escasa presencia socialista y la prácticamente inexistente prédica sindicalista revolucionaria. También recurre a las claves comparativas para detectar en la trama social específica las raíces de las exiguas estructuras del socialismo y del sindicalismo revolucionario rosarino y, por ende, de su capacidad de movilización. Es, a su vez, esa clave comparativa la que lo impulsa a observar experiencias latinoamericanas como el *battlismo*, el *carrancismo* o el *tenentismo* a fin de fundamentar el porqué de la decadencia anarquista a partir de la consolidación del partido radical en el gobierno.

Finalmente, resulta altamente sugerente la exploración de lo que evalúa como «una relación fronteriza tangencial» entre el radicalismo y ese movimiento obrero predominantemente anarquista, relación que puede transformarse coyunturalmente en convergente. Tras mostrar el fuerte anclaje del radicalismo en los principios liberales, enfatiza tanto el «carácter difuso de su programa y su estructura movimientista» como la heterogeneidad social de su configuración.

Este punto de partida le permite ir detectando cómo «esa constelación ideológica» no le impide atraer y sumar a obreros ya sea en sus empresas insurreccionales, ya en aquellas políticas. El caso rosarino le sirve como laboratorio para detectar condiciones y límites de tal confluencia. Si bien no pierde de vista a las restantes fuerzas sociales o políticas en pugna, define lo que desde su perspectiva son las dos coyunturas claves de convergencia entre radicalismo y anarquismo: 1905 y 1912. Nuevamente aquí afina sus argumentos para reafirmar que es el carácter movimientista y la flexibilidad programática de ambas fuerzas, lo que «les daba fluidez –sobre todo a los radicales– en los usos tácticos». Define con claridad los parámetros potenciales del primer acercamiento: ausencia de programa, antipoliticismo –estratégico en uno y táctico en otro–, crítica moralista, planteos regeneracionistas o reparacionistas. Del mismo modo destaca, en la etapa iniciada por el triunfo electoral de 1912, el papel jugado por las políticas arbitrales que, a diferencia de lo que pasará a partir de 1916 con Yrigoyen, en Rosario no tendrán como interlocutores a los sindicalistas revolucionarios sino a los anarquistas. Sus reflexiones –que rescatan otra vez la especificidad de ese movimiento obrero rosa-

rino y de la dirigencia radical existente –particularmente a través de figuras como Infante o Caballero–, le permiten develar no sólo las instancias de acercamiento y aval entre ambas fuerzas sino la complejidad del juego político cruzado en el que también intervienen aquellos otros partidos programáticos y orgánicos que son la Liga del Sur y los socialistas.

Como excelente conocedor del oficio su libro no nos ofrece una perspectiva conclusiva. Por el contrario se cierra con interrogantes, debates e hipótesis a verificar... Claramente nos induce a continuar rastreando sus huellas para dilucidar algunos de esos desafíos que en esta última obra lo convocaban, lo interpelaban, nos convoca a mirar más detenidamente las cuestiones que lo acuciaban, seguramente con la expectativa de que podamos profundizar sus huellas, podamos dar unos pasos más en la comprensión de nuestros problemas pasados y presentes. ✎

REFLEXIONES SOBRE TIEMPOS DE VÍSPERAS. RECORDANDO A RICARDO FALCÓN

LUIS ALBERTO ROMERO

Universidad Nacional de General San Martín / CONICET

Desde que conocí a Ricardo Falcón, hacia 1985, compartimos el interés por la cuestión de los sectores populares y el movimiento obrero. Tuvimos una común admiración por Thompson, aunque no compartí su gusto por Foucault. Juntos encaramos algunos combates académicos que valieron la pena, y animamos, con otros colegas, un estimulante grupo de trabajo. Luego mi interés pasó a otras cuestiones, bastante distantes, y dejamos de conversar en sede académica, para reencontrarnos, en los últimos tiempos, en sede política.

El compromiso de Ricardo era más antiguo que el mío, y además él tenía ese don carismático de «maestro de juventudes», del que yo carezco, que me recordaba al de mi padre. Pero compartíamos la convicción –con un cierto pecado de soberbia– de que como historiadores podíamos decir algo de interés sobre el pasado, el presente y el futuro. Mis últimas conversaciones largas con él fueron, hace un par de años, en las habituales jornadas de los estudiantes de Ciencia Política de Rosario y en la jornada anual de homenaje a Guillermo Estévez Boero que organiza el Partido Socialista Popular. Ya se vislumbraban los tiempos de vísperas que vivimos hoy, cuando se aproximan unas elecciones quizá cruciales. De modo que en este balance y diagnóstico que intentaré imaginar continuar aquellos diálogos intermitentes pero siempre movilizadores con Ricardo.

Me ocuparé de ciertas dimensiones de la política, comenzando con algunas referencias contextuales sobre la sociedad y la economía. La sociedad argentina está hoy dividida, segmentada, polarizada. Lo que comenzó a gestarse a mediados de los años setenta salió a la luz explosivamente en 2001. Hay una Argentina que mantiene como puede su estilo de vida tradicional –que solía denominarse «de clase media»–, y por otro lado un núcleo duro y extenso de pobreza e indigencia. La gran novedad es que ambas partes de la sociedad están separadas por una brecha, un foso, que difícilmente se modifique a corto o mediano plazo. En 2001 solíamos relacionar esto con la gran transformación económica iniciada a

mediados de los setenta y profundizada en los noventa; la Argentina había perdido no sólo su relativo buen pasar sino su lugar en el mundo, decía yo mismo. Esto cambió sorpresivamente en el siglo XXI; nuestro país, como otros productores de alimentos, goza de una sorpresiva prosperidad, que posiblemente se sostendrá un tiempo. Hasta ahora no ha alcanzado para modificar sustancialmente el mundo de la pobreza –sólo hubo paliativos– pero en cambio le permite y permitirá a los gobiernos gozar de una holgura fiscal no conocida anteriormente. Gobernar en 2012 será bastante más sencillo que hacerlo en 1983, 1989 o 1999.

La República

¿Cómo se gobierna la Argentina hoy? Hugo Quiroga usó una imagen expresiva: la *República desolada*. El equilibrio de poderes está sustancialmente alterado en favor del Ejecutivo, particularmente por la concentración de los recursos fiscales y su uso discrecional para la construcción de poder político. El Ejecutivo somete al poder Legislativo y presiona al Judicial. La discusión pública ha sido descalificada, el estado de derecho se ha tensado al límite y algunas veces ese límite ha sido transpuesto.

El actual modo de gestión de la república se gestó con Menem y se perfeccionó con Kirchner. Hay ahora más concentración y menos controles, y sobre todo, una justificación discursiva que remite a los clásicos del decisionismo. Se argumenta que todavía hay mucha república: muchos «palos en la rueda», dicen, que frenan a un poder plebiscitado. Desde 2008 se ha ido formando una oposición republicana, que creció hasta las elecciones de junio de 2009, para declinar después. Será sin duda una de las líneas de clivaje de las próximas elecciones, pero es dudoso que por sí sola alcance para construir una alternativa.

Es que estamos muy lejos de los ideales de 1983 –democracia republicana, estado de derecho y pluralismo–, que Ricardo Falcón y muchos otros creímos entonces definitivamente establecidos. La ilusión en aquella hora nos llevó a un error de apreciación. Visto el siglo XX en perspectiva, el «momento Alfonsín» fue en realidad excepcional, una suerte de recreo en una sociedad que tradicionalmente eligió o aceptó otra forma de gobierno: con Yrigoyen, con Perón, con Frondizi y otra vez con Perón, antes de reincidir con Menem y con Kirchner.

El Estado

En términos de prioridades, creo que la clave está en el Estado. La herramienta estatal puede solucionar muchos de los problemas señalados, desde la marginación social a la falta de controles gubernamentales. Pero el problema es que nuestro Estado se encuentra destruido, y no son pocos los que se benefician con ello, por lo que reconstruirlo es una tarea doblemente difícil. Desde mediados del siglo XX al menos, el Estado tuvo problemas con la colonización de sus agencias por grupos de interés organizados, beneficiarios de distintos tipos de prebendas, desde los sindicalistas hasta los contratistas. Pero hasta los setenta el Estado conservó su potencia, su utilidad para desarrollar políticas: con Perón, con Frondizi, con Onganía y hasta con el último Perón, que se ilusionó con su reconstrucción.

Desde 1976 el Estado ha sido sistemáticamente reducido y destruido por los distintos gobiernos, con la sola excepción del de Alfonsín, que al respecto fue neutro. Los discursos justificatorios fueron diferentes y hasta contradictorios; se actuó en nombre de la seguridad nacional, el neoliberalismo o el estatismo. Hasta puede admitirse que los propósitos fueron diferentes. Pero todas las políticas concurren, durante tres décadas largas, a destruir su burocracia y sus agencias, corroer su normatividad y su ética, limitar su capacidad de acción social y de control del gobierno, y eliminar esa capacidad de ser el lugar de reflexión de la sociedad sobre sí misma, de la que habló Durkheim. A la vez, se ha potenciado como espacio de depredación, realizada por los antiguos prebendarios depredadores, en sociedad con los políticos a cargo ocasionalmente de su gobierno. Como los *señores de ban* medievales, han convertido en instrumento de expoliación el poder estatal, reducido para la acción general, pero potenciado para la arbitrariedad.

Cualquier cuestión específica que un gobierno quiera encarar —ya sea la seguridad, la inflación o el transporte público— lleva a esa debilidad constitutiva del poder estatal, que no sólo admite la coalición colusiva de gobiernos arbitrarios y grupos depredadores sino que casi no puede ser gobernado de otra manera que a los golpes. Restituir al Estado su antigua potencia y calidad es una tarea de largo plazo, de varios gobiernos, de modo que al próximo sólo se le puede pedir que abra la marcha, señale el rumbo y concite las voluntades.

La política

Emprender la reforma del Estado es una decisión política, y la política ha cambiado mucho desde 1983. Por entonces la democracia arrancó con identidades políticas fuertes –las dos clásicas y algunas otras– y partidos robustecidos por la militancia de una ciudadanía ilusionada. Gradualmente, la ciudadanía militante los abandonó, y sólo quedaron los profesionales especializados y capacitados, que vivían de la política, como corresponde, pero tendieron a formar una corporación colusiva, como muchas otras existentes. La competencia política fue deslizándose de la confrontación de propuestas a la construcción de imágenes y la encuesta de opiniones. Hubo momentos de nueva ilusión, como el de la Alianza, que se cerraron con nuevas desilusiones.

Lo de 2001 fue más grave, pues la totalidad de la corporación política fue puesta en entredicho, junto con la misma idea de representación. La crisis pasó, pero los partidos no se recuperaron, y se inició un proceso de disgregación de organizaciones e identidades, remplazadas por formas lábiles e inestables. Una transformación de fondo acompañó esta transformación: la ya mencionada crisis social y la aparición de un mundo compacto de la pobreza debilitó la formación de ciudadanos, oscureció la idea del interés general –un supuesto fuerte de la democracia– y fue convirtiendo a los procesos electorales en algo distinto que la consagración del ciudadano: la ocasión para que los votantes obtengan alguna solución para los problemas acuciantes de la pobreza.

El peronismo y las vísperas

El peronismo –uno y muchos– se adecuó mejor que ninguna otra fuerza política a las nuevas circunstancias. Había sido un movimiento de líder y fuertemente identitario, que se reconstruyó luego de 1955 en torno de las organizaciones sindicales, y que después de la derrota electoral de 1983 supo adecuarse a los nuevos criterios democráticos. Pero a partir de la crisis de 2001, e instalado en el gobierno, encontró rápidamente la fórmula exitosa para hacer política en el mundo de la pobreza. El uso de los recursos del Estado fue una condición necesaria, pero además hubo una ingeniería notable –debo decir admirable–, necesaria para construir nuevas redes políticas, adecuadas a la situación, y empalmarlas con las redes sociales emergentes en la nueva sociedad. Líderes sociales y punteros políticos tejieron la red capilar de la política, que convirtió al Gran Buenos Aires y a otras áreas similares en

gigantescas productoras de votos. Recuerdo una larga conversación con Ricardo acerca de estos cambios, y de las semejanzas y diferencias entre el PJ y el PSP en los conurbanos de Buenos Aires y Rosario.

Por otra parte, el peronismo fue quien mejor se adaptó a la era de la profesionalización de la política. Ofreció un lugar a todo aquel que quería intentar la aventura, sin pedirle antecedentes ni una larga militancia previa, considerando que –como ocurre con los pastores evangélicos– en definitiva la única prueba la constituye el éxito. Por otra parte, en su tradición no figuraba una normativa ética que pusiera muchos límites a los medios a utilizar. Entrar a la política para «hacer una diferencia» se consideró no sólo razonable sino indispensable, y quien no lo lograba era algo tonto y, sobre todo, inútil. Porque como decía Néstor Kirchner y lo recordó su esposa, «para hacer política primero se necesita hacer plata». Tal idea acerca de los medios y los fines, y el escaso arraigo de una tradición republicana que en otros partidos constituye una limitación, permitió a sus dirigentes, instalados en el gobierno en cualquiera de sus niveles, usar con libertad los recursos del Estado para producir el sufragio que los legitime.

En suma, el peronismo encontró –tan exitosamente como había sabido hacerlo en otras circunstancias pasadas– la manera de combinar la polarización social y el deterioro del Estado para ganar limpiamente las elecciones. Su legitimidad democrática es indudable. La democracia realmente existente en la Argentina refleja, en suma, lo que el país es.

Otra ventaja del peronismo en el contexto actual es que nunca fue un partido orgánico, sino un movimiento: una coalición relativamente inestable de grupos alineados tras una jefatura. En las últimas décadas disminuyó la identidad histórica, que fue su cohesivo tradicional, pero el valor de la jefatura se mantiene, en todos los rangos. En la cima, el jefe debe mantener la unidad y disciplina de una tropa heterogénea y conducirla a la victoria, de modo que cada uno alcance el logro a que aspira. Una fórmula flexible y práctica, habitualmente exitosa, en la que sin embargo hay una circunstancia difícil: la renovación de la jefatura siempre es compleja.

La muerte de Néstor Kirchner puso fin a una conducción doble, que tenía la fuerza adicional de la posible reelección indefinida entre ambos cónyuges. Pero además, en la dupla, la voluntad férrea y la sabiduría artesanal correspondían al difunto ex presidente. En ese sentido, creo que el kirchnerismo que conocimos llegó a su fin, inclusive si Cristina Kirchner es reelecta: sin reelección posible, no pasará mucho tiempo antes de que comience la puja por la sucesión.

En suma, el peronismo, fuerza naturalmente ganadora, ofrecerá pronto una brecha. Habrá lugar para una alternativa. El reto será saber construirla. Por eso lo de vísperas. Siento que no esté Ricardo, para discutir esta alternativa. ✿